

The background of the entire cover is a vibrant orange-red color. In the center, there is a silhouette of a man and a woman facing each other, their heads tilted slightly towards the center as if they are about to kiss. The sun is visible as a bright white circle between their faces, creating a romantic and intimate atmosphere. The overall design is minimalist and evocative.

EMMA GREEN

JUEGOS
prohibidos

Addictive  Publishing

1

Emma Green

Juegos Prohibidos

Volumen 1

1. Como si fuera un verano cualquiera

- ¿Diga?
 - ¿Quién habla? resopla la voz masculina que casi me hace sobresaltar.
 - ¡Vaya, te había olvidado!, respondo mintiendo a medias.
 - ¿Quién es? repite él haciendo como si también me hubiera olvidado.
 - ¡Adivina! suspiro, cansada.
 - Liv Sawyer, puede ser que sigas teniendo edad para jugar a las adivinanzas, pero yo hace mucho que cumplí los 18 años. ¡Madura un poco!
 - Genial, contesto con ironía y una sonrisa falsa. Tristan Quinn, te concedo la medalla del chico que tiene seis meses más, aun cuando no hayas hecho absolutamente nada para merecerla. ¡Y que se cree tan superior y maduro que no puede evitar recordarle al mundo entero que ahora es un hombre!
 - ¿Desde cuándo tú eres el mundo entero? me replica con un tono provocador. Estabas igual de fastidiosa pero mucho menos pretenciosa la última vez que te vi.
 - Está bien, no necesitas recordarme esa atroz época en la que vivíamos juntos a fuerza... ¿Qué quieres?
 - Sólo quería molestar a mi hermanastra hasta que me colgara, ríe al otro lado de la línea.
 - Deja de llamarme así. No soy nada tuyo y te doy cinco segundos para decir algo inteligente o simplemente útil antes de que cuelgue. Cinco... cuatro... tres...
 - ¡Sólo dile a mi mamá que voy a regresar! ¡Hasta pronto, Sawyer!
- Vete al diablo.*

No sólo colgó antes de mí. No sólo me llamó por mi apellido y odio eso. Encima de esto, no tenía previsto que regresara tan pronto. Las vacaciones de verano acaban de comenzar y esperaba que, en su internado para chicos ricos fuera de control, tuvieran clases más tiempo de lo normal. Qué extraño, no escuchamos hablar de su entrega de diploma. O tal vez su excelente madre no se dignó a ir. O Tristan sigue jugando al rebelde y se negó a participar. Eso suena a algo que él haría. Sin embargo, me hubiera gustado mostrarle a todos sus amigos de la escuela - de la cual lo echaron - una foto de él con una toga negra y un sombrero ridículo. Sin nada de brazos marcados, piel bronceada o corte de cabello perfectamente descuidado. Ése es Tristan Quinn, el chico popular, el alumno distraído temido por los profesores, el chico malo que hace soñar a las chicas buenas. Cómo me hubiera

gustado verlo disfrazado del mejor de la clase con su diploma recién entregado, y por primera vez, perdido entre la multitud en vez de opacar a todo el mundo. Sí, hubiera dado lo que fuera para ver eso. Pero ahora, en una escala del uno al diez, tengo un menos dos de ganas de verlo.

– ¿Quién era? me pregunta el pequeño Harrison que corre arrastrando su peluche, un cocodrilo verde y blanco todo mojado y desgastado, al cual le mordisquea sin cesar la pata delantera.

– Tu hermano, respondo suspirando.

Corrección: el imbécil de tu hermano. El insoportable de tu hermano que se cree el rey del mundo y el más apuesto de toda la ciudad, al cual admiras sólo porque tienes 3 años y quisieras parecerte a él cuando seas grande aunque esto sea lo peor que te pueda pasar en la vida.

– ¡Titán! grita el pequeño abriendo como platos sus ojos azules y poniéndose a correr con los brazos abiertos como las alas de un avión.

Se supone que debería estar cuidándolo, pero Harry lleva diez minutos sin dejar de hacer el avión, haciendo volar a Alfred el cocodrilo por los aires. Al primer ruido que venga de afuera, llega a pegar su frente - y su encantador corte de hongo - contra la ventana de la sala para esperar a su adorado hermano mayor.

– ¡Mamá, Tristan está aquí! se pone a gritar finalmente retomando su vuelo.

Me sobresalto de nuevo. Se escuchan unos « toc toc » contra la puerta de entrada. Todavía no llega pero ya está causando molestias: típico de Tristan Quinn. Muero de calor con los pantalones de mezclilla que me puse en lugar de los shorts para no darle oportunidad de mirar mis piernas desnudas con su actitud mitad divertida mitad indiferente. Y mientras tanto, pasé a menos diez en la escala de « no tengo ganas de ver su sonrisa arrogante, sus hoyuelos que a todo el mundo le parecen seductores, su mechón rebelde que cae con perfección sobre su mirada demasiado azul para ser cierta, ni ganas de escuchar su voz más grave que la de todos los chicos de su edad, de lo cual no parece estar orgulloso, o de leer en su mirada que adora provocarme sólo por el placer de verme explotar, y porque sabe muy bien que siempre lo logra ».

¡Nada de ganas, nada de ganas, nada de ganas!

Tengo ganas de hacer un berrinche echándome al piso como lo hace Harry cada que no obtiene lo que quiere.

Sólo que yo agregaría un par de groserías. ¡Maldición, maldición, maldición!

– ¡Estoy ocupada, querido! responde la madre del pequeño dos horas más tarde, desde su oficina bien cerrada. ¡Y no grites así, necesito concentrarme! E intenta pronunciar *Tristan* correctamente, Harry, tu logopeda te lo ha repetido mil veces. ¡Quítate ese peluche de la boca! Y pídele a Liv que abra la puerta, ya te dije que no abras si no sabes quién es.

¡Pero acaba de ver a su hermano por la ventana!

Creo que Sienna Lombardi es la persona más estúpida que conozco - sólo después de su hijo mayor. Lo bueno es que decidió quedarse con su apellido de soltera en lugar de tomar el de mi padre cuando se casaron. Al menos así no lleva el mismo apellido que yo. ¡« Estoy muy orgullosa de mis orígenes italianos », seguro! Estoy segura de que ésa es su puerta de salida. Éste es su segundo matrimonio y está lejos de ser el último - por favor, Dios mío, ayúdame a salir de ésta. Bueno, no debe ser tan estúpida ya que administra el hotel más lujoso de Key West y jamás está vacío. Pero en todo caso, es la mujer más egoísta del mundo. Se la pasa todo el tiempo entre su hotel, donde le puede gritar a sus empleados para desahogarse, y su oficina en la casa, donde exige un silencio total, gritando para que la dejemos tranquila. Y no sólo no se ocupa de ninguno de sus dos hijos - mandó a uno a un internado y al otro lo deja con decenas de niñeras, entre las cuales estoy yo - sino que además, las raras veces que está aquí, ni siquiera hace como si escuchara lo que dicen. O como si le diera gusto recibirlos cuando regresan a la casa después de tres años en el internado. ¿Es humanamente posible tener tan poco corazón?

– ¡Sawyer, sé que estás allí, ábreme! grita Tristan impaciente detrás de la puerta.

Mierda...

Su voz. Sigue teniendo el mismo efecto en mí que en todas las chicas buenas o no tan buenas de la ciudad. La voz del chico que parece un poco más grande. La voz del chico seguro de sí mismo, que no tiene miedo de nada, que da órdenes sin pensar un segundo que alguien pueda desobedecerlo. La voz del chico que te susurraría las palabras más crueles en tus sueños más ardientes, ésos que nunca tienes, ni siquiera cuando te duermes pensando mucho en ello.

– Sawyer, ¿qué diablos haces? ¿Quieres que sigamos jugando a las adivinanzas? ¡Porque puedo adivinar cómo estás vestida sin ninguna dificultad! anuncia con una sonrisa en la voz.

– Inténtalo, farfullo sin nada mejor que responder, deteniendo a Harry que muere de la emoción y no comprende nada de nuestro juego.

– Sin duda te pusiste un pantalón de mezclilla para evitar que te mire. O más bien para evitar sonrojarte si lo hago. Y debes traer una de esas playeras informales para que nadie pueda ver que no tienes senos.

Maldición...

– Entra y cállate, digo bruscamente abriendo la puerta para que el calvario termine.

Harrison le salta encima gritando su nombre - o algo parecido - y luego se queda aferrado a su pierna, en silencio. Tristan le acaricia el cabello, suavemente, deslizando mil veces sus largos dedos en ese corte de hongo horrible que a su madre tanto le gusta, y que al hermano le divierte tanto cada vez que lo tiene a la

mano.

– Hola, termina por decirme, un tono más abajo.

Su voz es grave pero su mirada también. Pensé que se regocijaría de adivinar lo que traía puesto. En lugar de ello, me observa, espera mi reacción. Detesto esa seguridad que le hace tolerar el silencio. Y hasta adorar todos los momentos de incomodidad que es capaz de provocar. Ese imbécil sería verdaderamente apuesto si no estuviera tan consciente de ello. Jamás se lo he dicho a nadie, pero creo que se parece a Brad Pitt de joven. Sólo que menos rubio. Pero tiene todo lo demás. A la vez « chico adorable » y « macho dominante ». Sonriente pero misterioso también. Que pretende ser tranquilo pero puede convertirse en implacable sin que uno se lo espere. Una insoportable mezcla de sex symbol y bad boy.

¡Deja de pensar y habla!

– Dije « hola », insiste para hacerme reaccionar arrugando sus impacientes ojos azules.

– Qué bien, por fin alguien logró enseñarte modales, intento provocarlo para que deje de mirarme así.

– Y al parecer a ti tu padre todavía no te ha enseñado a vestirse... ¿Sí sabes que aquí estamos en Florida? ¿No en París? Nadie se pone pantalones de mezclilla en julio en las Keys, se burla estudiándome de arriba a abajo.

– Tu pequeña clase de geografía es realmente interesante, replico poniendo los ojos en blanco. Pero si pudieras entrar y cerrar la puerta tras de ti, tal vez podría retomar mi vida y hacer como si no estuvieras aquí.

Él se inclina para tomar a Harry entre sus brazos, sin dejar de mirarme, y el pequeño se prenda automáticamente de él como si sus dos cuerpos conocieran esta posición de memoria: las piernas del niño alrededor de la cintura de su hermano, sus brazos alrededor del cuello, su pequeño rostro acomodado detrás del hombro de Tristan y con Alfred el cocodrilo colgando de la pata que está dentro de su boca.

– Escúchame bien, hermanito, se pone a susurrar lo suficientemente fuerte para que lo escuche. Si una chica esconde sus piernas aunque haya un calor de treinta y dos grados afuera, es principalmente por una de dos razones: o no se ha rasurado y teme que lo notes, o tiene un problema de autoestima y tiene miedo de que le parezcas demasiado gorda o demasiado flaca. Y en cualquiera de los dos casos, si tiene miedo es porque le gustas.

– ¡En tus sueños, Quinn! le digo, lista para salir corriendo cuanto antes.

– ¡De hecho, Sawyer! responde mientras comienzo a subir las escaleras. Gracias por haberme abierto la puerta, se regocija sacando las llaves de su bolsillo y haciendo bailar el anillo alrededor de su índice.

Me detengo en medio de las escaleras, tan sorprendida por su audacia, tan irritada por su actitud y tan frustrada por haberlo dejado ganar, que ya no puedo

avanzar. Estoy buscando algo, lo que sea, que pueda lanzarle a la cabeza. Pero con todas las llaves contratadas por Sienna para limpiar su magnífica villa, jamás hay nada fuera de su lugar. Me conformo con inhalar profundamente antes de decir, sin siquiera mirar a Tristan:

– Llevas cinco minutos aquí y ya me hartaste. ¿Podemos solamente ignorarnos hasta el final del verano?

– Iba a proponerte lo mismo, pronuncia su voz grave con un tono finalmente serio. Y cuando te dije que eras mi hermanastra hace rato, estaba bromeando. No somos nada el uno del otro, Sawyer. Y quiero que así sigamos, agrega frotándose la nuca.

– Estoy de acuerdo contigo, asiento sosteniendo su mirada.

Una incomodidad me invade y es él quien desvía la mirada, por primera vez, como si estuviera igual que yo. Regreso a subir las escaleras y voy a encerrarme en mi habitación. Al fin sola. Al fin libre de ese pantalón que me oprime. Y de ese aire sofocante que llena la atmósfera cada vez que me encuentro en la misma habitación que él.

Y hoy más que todas las veces anteriores juntas.

Tengo que vivir con Tristan Quinn desde hace tres años - cuando mi padre y su madre tuvieron la genial idea de empezar a salir, de vivir juntos y después de casarse - , y siempre he logrado evitar su presencia al máximo. Ya sea que él se quedara en el internado, hasta los fines de semana - sin duda para evitar a su madre a la que odia casi tanto como yo -, o que yo huyera de la casa para quedarme con mi abuela, sólo durante las vacaciones, cuando él no tenía más opción que quedarse allí. Pero esta vez, ambos terminamos el bachillerato, no tengo ni idea de lo que piensa hacer el año que entra y yo tampoco estoy tan segura de mi propio futuro. Con un poco de suerte, iré a la universidad - si me aceptan en alguna de las que apliqué, a pesar de mi historial tan soso - y jamás volveré a ver su cara de ángel diabólico. Si no, ya encontraré otra solución. Mientras tanto, nos queda todo un verano soportándonos.

Vuelvo a pensar en mi emoción, hace seis años, cuando mi padre me propuso dejar París para mudarnos a Key West, su ciudad natal, la última isla del archipiélago de las Keys, en Florida. Pensaba encontrar ahí un paraíso terrenal y poder escapar a mi existencia banal. Mis padres se divorciaron cuando yo tenía 2 años. Mi padre, americano de nacimiento y de corazón, se había quedado en Francia sólo para no alejarse de mi madre, parisina con un instinto maternal por debajo del nivel del mar. Pero cuando cumplí 12 años, tanto ella como yo dejamos de fingir y mi padre consideró que ya era lo suficientemente grande como para escoger dónde quería vivir. En la contaminación y la vida gris de París, en medio de 2 millones de personas anónimas. O en una pequeña isla del sur de los Estados Unidos, entre Cuba y Miami, con un clima tropical, aguas turquesa,

20,000 habitantes que se pasean principalmente en bicicleta, y un ambiente caribeño. Tomar una decisión me llevó menos de un segundo.

Pero este paraíso sin nubes sólo duró tres años - conocí a mi adorada abuela materna, me hice de algunos escasos pero muy buenos amigos, descubrí cada rincón de Key West y me enamoré de su naturaleza salvaje, de todos esos animales que viven casi en libertad entre la ciudad y la playa del ambiente bohemio que reina entre artistas, escritores, bailarines, músicos, pescadores, marines, ecologistas y gays sin complejos que escogieron por domicilio esta isla mágica. Luego mi padre, agente inmobiliario de gran éxito, le vendió una villa de lujo a una tal Sienna Lombardi, madre de un chico de mi edad, que acababa de enviudar y de dar a luz a otro bebé. ¡Todo un caso! Cualquier otro hombre habría salido corriendo excepto mi padre, quien tiene una bondad fuera de lo común, una voluntad sin fallas y que no retrocede frente a ningún obstáculo que la vida ponga en su camino.

Sí, amo y admiro a mi padre. Y lo peor es que ni siquiera me avergüenza decirlo.

No sé si el encanto de la italiana con fuerte personalidad tuvo su efecto o si mi padre sintió el deber de ayudar a esa mujer en pleno drama con sólo 35 años, pero todo sucedió muy rápido entre ellos. Para mi gran desesperación. Mi padre y yo, que habíamos vivido solos desde siempre, dejamos nuestra casa para instalarnos en esta inmensa villa victoriana con fachada azul pastel y suficientes habitaciones y baños para todos nosotros. Y hasta una piscina. Pero en lugar de formar la linda familia recompuesta que uno ve en las películas de Hollywood, nosotros permanecemos siendo dos clanes viviendo bajo el mismo techo, los Sawyer de un lado y los Quinn- Lombardi del otro - aun cuando mi habitación está al lado de la de Tristan, jamás hemos compartido nada que no sea una pared.

Creo que Sienna es incapaz de vivir sola, sin un hombre en su vida, pero sin llegar a depender de él. Ella y mi padre son más bien independientes - y muy trabajadores, lo cual hace que finalmente no se vean tan seguido. En todo caso, ella jamás le ha pedido que juegue al padre con Harry, quien nunca conoció al suyo. Así todo el mundo quedó en su lugar: marido y mujer, madrastra e hijastra, padrastro e hijastro.

Toda esta historia casi podría haber resultado bien si Tristan y yo no tuviéramos una relación tan difícil, desde el día en que nos conocimos. Llevamos tres años conviviendo a fuerzas, nuestras escasas pláticas comienzan siempre con una provocación y terminan forzosamente con una pelea. El simple hecho de encontrarnos en el mismo lugar produce chispas. Si Dios quisiera jugar con nosotros, no habría podido crearnos tan diferentes. Él es ruidoso, social, seductor, extrovertido, apuesto, deportivo, jovial, creativo y nada lo detiene. En una palabra, insoportable. Resulta ser que a mí me encanta el silencio, la soledad, la naturaleza y la calma. Que no me importan los chicos, las fiestas, la ropa, la música ni nada de

lo que le apasiona a las otras chicas. Y no es que esté de mal humor todo el tiempo, al contrario de lo que a él le encanta reprocharme, es sólo que no sonrío tan fácilmente. Mucho menos frente a sus ojos azules hermosos. Y no es que no me gusten las personas, al contrario de lo que él dice, es sólo que a él lo detesto.

Por ejemplo, odio lo que está haciendo: tocar la guitarra en medio de la sala y cantar idioteces para hacer reír a su hermano. Quien pide más y aplaude. No, Alfred el cocodrilo no es un buen tema para una canción. No, Harry el superhéroe no hace reír a nadie. Y sobre todo no, Liv no es un buen nombre para un unicornio. Si escucho esa voz ronca y esa actitud lancinante un segundo más, voy a tener una crisis de nervios. Me pongo una playera de algodón, meto mi celular y mis llaves en mi morral, me quedo con las sandalias en la mano para no hacer ruido en la escalera e intento salir de la casa sin hacerme notar.

En el primer escalón, hasta arriba, Tristan levanta la mirada hacia mí e interrumpe su cuento para cambiar la letra:

– Listo, Liv se decidió, Liv se depiló, sigue cantando con la misma actitud y la misma sonrisa socarrona en la voz.

– ¡Cállate, Quinn! digo lanzándole por reflejo uno de mis zapatos y bajando la escalera corriendo.

Con un gesto sutil, a la vez preciso e indolente, Tristan se lleva la guitarra al rostro para detener el proyectil y Harrison no deja de reír.

Lástima, le había atinado...

Al menos la música se detuvo.

¡Mierda, ahora sólo tengo una sandalia!

Le lanzo la segunda, por orgullo, y voy a refugiarme en la entrada mientras que Sienna grita desde su oficina:

– ¿Pueden dejar de hacer tanto ruido? Liv, espero por tu bien que Harrison no haya roto nada.

Abro la puerta de la casa para huir antes de tener una crisis de nervios, tomo sin pensarlo los tenis de Tristan, que dejó tirados, me los pongo cojeando, me doy cuenta de que calza del 42,5 y yo del 39, amarro rápidamente las agujetas al abrigo de las miradas y retomo mi carrera por la villa para atravesar el portón. Detrás de mí, escucho la ventana de la sala abriéndose y la insoportable voz grave de Tristan gritándome:

– ¡Lindas piernas, Sawyer! ¡Te ves mejor sin pantalones! ¡Y lindos zapatos también!

No sé qué me enoja más cuando me volteo para mirarlo y lanzarle una seña obscena: sus brazos musculosos y bronceados cruzados detrás de su cabeza, su guiño insolente, su sonrisa de orgullo o su hoyuelo que no pude evitar notar. Pero la lista de lo que me mortifica se alarga más cuando me veo a mí misma. Ya no sé si lo peor es llevar zapatos dos veces más grandes y seguramente ridículos, el hecho

de que Tristan me haya visto con sus tenis, o simplemente no poder correr para escapar de su mirada sobre mí.

Camino lo más rápido posible, sin rumbo fijo, y le envío un mensaje a mi mejor amiga para citarla donde sea, donde quiera, mientras sea de inmediato y en un lugar con poca gente para que nadie pueda mirar mis pies. Le hubiera pedido que me trajera zapatos de verdad, pero no está en su casa y no quiero esperar a que vaya y regrese. Tendré que sacrificar mi dignidad.

Me veo con Bonnie en Dog Beach, una playa rocosa y salvaje sin turistas pero llena de personas que pasean a sus perros- la única playa donde éstos son aceptados. Desde que nos conocemos, tenemos la costumbre de venir a aislarnos aquí después de las clases. Nos sentamos en la arena seca y observamos a los perros corriendo cerca del agua preguntándonos cuál escogeríamos si nuestros padres nos dejaran tener uno.

Lo cual nunca ha sucedido ni sucederá.

– ¿Qué te pasa? me pregunta Bonnie mirándome de soslayo, con esa actitud indignada que le encanta tomar.

– Nada, tuve que correr, es todo, digo escondiendo mis mejillas sin duda rojas por el esfuerzo.

– No hablo de tu piel de Blanca nieves que no aguanta nada, me responde poniendo los ojos en blanco.

Ah sí, Bonnie es negra. Aquí le llaman afroamericana. Ella está muy orgullosa de su color pero no tanto de su verdadero nombre, Ebony « negro ébano » en español. Dice que hubiera sido mejor que sus padres la llamaran directamente Blacky para anunciar su color. Y para ser más justos, los míos debieron haber escogido Porcelana. Bonnie es capaz de hacerme reír con cada frase. Y si Tristan tuviera la cuarta parte de su humor, vería que soy capaz de abrir los labios para otra cosa que no sea mandarlo al diablo.

– Quisiera que hablemos de esa elección de zapatos, se impacienta mi amiga mientras que mi mente divaga. Sé que adoras a tu padre y que se han fusionado un poco, ¡pero tienes derecho a escoger tus propias cosas!

– Son de Tristan. Le lancé los míos a la cara.

– Ah, ¿ya regresó el doble de Chace Crawford?

A Bonnie le encanta encontrarle parecido con los actores que adora. Y no me atrevo a contradecirla con mi teoría de Brad Pitt...

– Así es, suspiro echándome sobre la arena caliente.

– ¿Y sigue igual de apuesto? me interroga con una voz exageradamente suave.

– ¡Igual de idiota, será! Con el cabello un poco más largo. Una sonrisa un poco más irritante. Un hoyuelo inútil en la mejilla izquierda. Y su voz de cantante de góspel con la que le inventa canciones a Harry.

– ¡Qué bien canta! se admira mi amiga, fan de la música. Sé bien cuánto lo odias, pero no puedes decir lo contrario. ¿Crees que su grupo vuelva a dar conciertos este verano? ¿Crees que pueda intentar ser su corista? se emociona ella empezando a vocalizar y a chasquear los dedos.

– ¡Vales más que eso, Beyoncé! intento disuadirla. Y tenemos que encontrar un verdadero trabajo de verano. No puedo pasar un día más en esa villa.

– ¡Yo sí quiero! Si tengo acceso ilimitado a la piscina y una vista directa hacia Tristan Quinn en traje de baño...

– ¡Basta, tengo náuseas! le digo levantándome bruscamente para volver a sentarme. Me enoja, me exaspera, me asquea, repito como una letanía balanceándome hacia el frente.

– Pero aun así te pusiste sus tenis, me interrumpe mi amiga estallando de risa.

– ¡Ebony Robinson, vas a comer arena! la amenazo falsamente.

– ¡Te habrás quemado la piel antes de que eso pase, Porcelana Sawyer!

– Bueno, ¿podemos hablar de otra cosa que no sea ese idiota de Quinn?

– ¡Mira lo musculoso que está ése de allá! dice Bonnie señalando con el dedo a un perro sobre la arena mojada.

– Sí, magnífico... ¡Y su pelo es tan brillante!

– Liv, ¡estaba hablando de su dueño! El chico con el torso desnudo.

– ¡Yo también, claro!

Y nuestras risas estallan al mismo tiempo. Como si fuera un verano normal. Como si no tuviéramos más que elegir el perro, el chico y la vida que queramos. Y como si Tristan Quinn no hubiera regresado a arruinar la mía.

2. Hija de papá...

En menos de una semana, el rey de los idiotas me hizo de todo.

Su primer logro: encerrarme en la terraza, siendo de noche, y no liberarme sino hasta que me quedé sin voz por tanto gritarle insultos. Detrás del vidrio, su pequeña sonrisa no dejó su rostro ni un segundo. A la mañana siguiente, mi taza de café me esperaba sobre la barra de la cocina, como todos los días en que mi padre tiene la amabilidad de preparármela antes de irse a trabajar. Sólo que esa mañana estaba lleno de sal. Diez segundos después de haber escupido la asquerosa bebida, el niño travieso vino a constatar su nueva victoria, medio desnudo con su traje de baño y sus músculos marcados frente a mis ojos.

Por el simple placer de verme sonrojar.

¿Quién fue quien decidió inventar un cuerpo así?

Esa misma tarde, Tristan tuvo la maravillosa idea de encender nuevamente la lavadora para que mis pantalones de mezclilla se hicieran dos tallas más chicos. Y la audacia de lanzarme, sin ninguna pena, con su mirada azul clavada en la mía:

– Esos se llaman *skinny jeans*, Sawyer. ¡Pero si eres demasiado tímida para ponértelos, puedes quedarte en pijama!

Después de haberle soltado todas las groserías que conozco, puse mi ego a un lado para pedir una tregua, a fin de volver nuestra convivencia menos infernal. Con un hoyuelo marcado en su mejilla, mi enemigo hizo como si aceptara. Fue hace cuarenta y ocho horas.

Debí haber imaginado que era demasiado bueno para ser verdad.

Esta mañana, Tristan Quinn decidió regresar al juego. Llevo diez minutos negociando para que me dé mi toalla, la cual debió robar justo antes de que regresara al baño. Furiosa, empapada de pies a cabeza, con los brazos cruzados sobre mi desnudez, le hablo a una puerta. Una puerta cerrada con llave, la cual me niego a abrir a pesar de su chantaje.

– Si la quieres, abre. ¡Te juro que cierro los ojos! bromea desde el pasillo.

– Tristan, deja la toalla y vete, le ordeno por décima vez. ¡Voy a llegar tarde, basta de tus juegos!

– Negativo, responde su voz grave. Soy yo quien tiene el botín. Soy yo quien está en posición de negociar.

– Tristan, por favor...

– No.

– Tristan, la tregua... ¿Te acuerdas?

– Confieso que no creí que fueras tan ingenua, suspira, mientras que puedo adivinar la sonrisa arrogante que estira sus labios.

De pronto, la frustración me gana. Mi calma se evapora y mis puños comienzan a golpear la puerta.

– ¡Haz lo que te digo o llamaré a mi padre! le grito, sin más argumentos.

– Aquí lo espero... ¡Papá Sawyer al rescate! ¡Rápido, la pequeñita está en problemas, tiene que intervenir! Sólo Dios sabe lo que pasaría si ella tuviera que arreglar sus problemas sola, dice con ironía mi tomador de rehenes.

– ¿Pero cuál es tu problema conmigo, Quinn? silbo.

– Mi problema es que eres una hija de papá, Sawyer... Y que eso no me gusta.

Esta última flecha me llega y causa muchos más daños que las anteriores. Si bien Tristan es experto en el arte de enfurecerme, no suele ser hiriente. De apuntar a donde sabe que me va a doler. Y a doler mucho. Me quedo callada durante varios segundos, antes de responder con toda sinceridad y lágrimas en los ojos:

– Mi padre es todo lo que tengo, murmuro sin saber si me escucha a través de la puerta.

Silencio de su parte.

– Y yo sólo tengo una madre, resopla con una voz más dulce. Y a un Harrison. Pero no sé si un niño de 2 años cuenta.

– Sí, sí cuenta.

– Sí, claro que cuenta. Mira, recoge tu toalla cuando quieras, ya me voy.

Cuando abro la puerta algunos segundos más tarde, descubro que cumplió su palabra. Y ruego por dentro que al fin haya terminado con sus jugarretas. O que al menos se haya cansado de torturar a una niña ingenua y demasiado tímida para él.

En cualquiera de los dos casos, pensar eso sería no conocerlo...

Tristan, vas a tener que dejarme en paz. O te corto la garganta mientras duermes. Tú eliges.

Un vistazo al reloj y me doy cuenta de que me quedan menos de cinco minutos para prepararme. Mis dos mejores amigos tienen eso en común: llegan un minuto tarde y no dejan de recordártelo durante todo un siglo. Sin olvidar que la misión que nos espera es de máxima importancia. Encontrar urgentemente un trabajo de verano. Si es posible, los tres en el mismo lugar. Para alejarme de esa casa embrujada por un espíritu maligno. Una vez que llego a mi habitación, abro mi armario y tomo un puñado de cinturones, un poco al azar. Mientras me pongo un vestido al aventón, lanzo una mirada a través de la ventana para tener una vista directa hacia el gran patio pavimentado.

El auto convertible de Bonnie no está en la cercanía; pero Tristan se encuentra al lado de su bicicleta, instalando a Harry en su asiento de la parte

trasera. La niñera con su traje sastre estricto apenas si los vigila, luego se esfuma disfrutar de este inesperado instante de libertad. Mientras que el niño se agita y pega en su casco, probablemente emocionado por este paseo, su hermano tiene que volver a atarlo varias veces, sin perder nunca la paciencia. Estoy observando a otro Tristan. Atento, dulce, protector. Creo que por Harry sería capaz de todo.

Su gran cuerpo fornido rodea finalmente la silla y ambos hermanos dejan finalmente el patio, bien acomodados sobre su bólido de dos ruedas. Ya no los veo, pero sigo escuchando las risas de Harry.

Dos minutos. Me quedan dos minutos. El espejo no parece apreciar mi atuendo, a juzgar por la imagen sin forma que me regresa. Vestida así, parece que estoy disfrazada. Un niña queriendo jugar a la dama. Dejo que mi vestido rosa pálido se deslice hasta el suelo y me estudio, en ropa interior. Mi piel muy blanca está marcada por algunos intentos de bronceado. Mi cabello lacio, rubio cenizo, me llega ya hasta casi la mitad de la espalda. Tal vez si lo corto pareceré más madura. Más mujer.

O tal vez no.

Mis largas piernas, mi vientre plano, mis nalgas ligeramente redondas, aunque demasiado discretas: heredé la silueta de mi padre. Por otra parte, claramente no heredé el generoso pecho de mi madre. Hay que decir que además de eso, no hay nada de generoso en ella...

Y no verme más que una vez al año no parece molestarle.

Pero a mí tampoco.

¡Un minuto!

Un short negro que me llegue a medio muslo, una playera blanca con cuello en forma de V y sandalias bajas bastarán. Después de darme un brochazo y ponerme un poco de ungüento labial bajo las escaleras, mis dos cómplices tocan con singular alegría el claxon.

– ¿Pidió una limusina a todo lujo, señorita Fanning? me recibe Bonnie, detrás de sus lentes de sol XXL.

– Muy chistosa, digo subiéndome en la parte de atrás. Fergus, dile que no me parezco tanto a Elle Fanning...

– ¡Hice un juramento! responde con ironía levantando solemnemente la mano. Te digo la verdad y nada más que la verdad. Se parecen como dos gotas de agua, Liv.

– Bueno, imagino que debo tomarlo como un cumplido, murmuro mientras que el auto se detiene bruscamente en lugar de arrancar.

– ¡Mierda! gruñe la conductora. ¡Malditas plataformas! ¡Me hacen unas piernas de locura, pero parecen zancos!

– Eh, ¿Bonnie? le digo intranquila. ¿No quieres que te preste mis sandalias para manejar?

– ¡No, hay que vivir al extremo! responde alzando los hombros y haciendo rugir el motor.

...

No, no soy una hija de papá. ¡Pero me gusta vivir!

Después de un trayecto caótico - y eso es poco decir -, Bonnie estaciona su cacharro enfrente de un supermercado, cerca de la gran playa de Key West.

– Los vacacionistas son tantos en verano que todos los supermercados buscan trabajadores, decreta saliendo del auto.

– Tal vez los supermercados, pero seguro que esta pequeña tiendita no, digo poco convencida.

– ¡Qué pesimista eres! me reclama Fergus dejándome atrás. ¡Vamos a ver!

Cinco minutos más tarde, ninguno de nosotros consiguió un trabajo. El gerente no sólo no buscaba contratar a nadie, sino que nos tomó por una banda organizada de cleptómanos cuando Bonnie se negó a quitarse los lentes de sol.

– ¡Hace calor y se me corrió la máscara! ¡No iba a rebajarme a eso! gruñe al regresar al auto.

– Bueno, ¿intentamos en un supermercado real? murmuro, repentinamente consciente de que esta misión probablemente va a fracasar.

Tres horas más tarde, después de tres supermercados, dos tiendas de ropa, un fast food, una papelería y una tienda de jardinería: nada. Bonnie terminó por quitarse sus lentes, pero eso no arregló nada. Al parecer buscar un trabajo de verano a principios de julio es una herejía.

– ¡Tendrían que haberlo intentado hace uno o dos meses! nos dijeron nuestros interlocutores, con más o menos de tacto y de simpatía.

La soda helada me lastima los dientes, dejo mi lata sobre la mesa redonda del pequeño café e intento motivar al grupo.

– ¡Apenas acabamos de empezar, encontraremos algo! le digo a mis dos comparsas sonriendo de manera forzada.

– Claro, estoy seguro de que no les gustan los pelirrojos, suspira Fergus removiendo la espuma de su cerveza sin alcohol.

– Ni los negros, agrega Bonnie mordiendo su muffin. Sobre todo los que tienen curvas.

– Eso es, y los denunciaron con el FBI que está en camino para arrestarlos, río suavemente frente a sus caras de decepción.

– No es chistoso, responde el pelirrojo. ¡Me rindo por hoy!

– ¡No! ¡No digas eso! ¡Somos un equipo! gruño sacudiéndolo.

Frente a mí, los dos traidores de mis amigos brindan por su fracaso filosofando.

– « Siempre deja para mañana lo que podrías hacer hoy », me dice la traidora con la boca medio llena y una sonrisa en los labios.

– ¡Necesito un trabajo! ¡De inmediato!

– Sabes bien qué puerta tocar, murmura volviendo a ponerse los lentes.

Bueno, ¿y si mejor vamos a nadar?

– Yo no puedo, tengo que...

– ¡Encontrar un trabajo, ya sabemos! me interrumpe Fergus levantándose de la mesa. ¡Liv, tu padre espera que trabajes para él!

Y la hija de papá está de regreso...

– Ser independiente tiene cosas buenas, ¡pero también tiene sus límites! me consuela Bonnie terminándose mi soda. ¡Te pagarán bien, te tratarán bien y aprenderás muchas cosas!

– Y seré la hija bien portada que hace todo lo que se espera de ella, replico con una voz ácida.

– Sí, bueno de hecho no todo, se burla la castaña haciendo temblar su afro. Sólo si no mencionamos las groserías y berrinches...

– ¿Yo? pregunto con ironía evitando sonreír. ¡No es cierto, soy un ángel!

– Basta con conocerte dos minutos y medio para comprender que nunca dejas nada por la paz, Liv. Que siempre quieres tener la última palabra. Que eres solitaria, fantasiosa, pero también y sobre todo apasionada, testaruda, se deja llevar Fergus el intelectual que adora escucharse hablar. Detrás de tu actitud de niña inocente, escondes una mente decidida y con mucho impulso. No tienes miedo de nada. Es tu naturaleza. Sabes, al principio nos costó trabajo, pero aprendimos a aceptarte tal y como eres, se burla el irlandés antes de darme un beso en la mejilla. ¿Me equivoco?

– Sí, al menos en un punto. Muero de miedo cada vez que Bonnie está al volante con esas cosas en los pies...

– ¡Liv! ¡Lana! ¡Escóndete! exclama esta última aplacándose brutalmente detrás de una palmera.

Lana. Una de las últimas conquistas de Tristan. Una enésima historia que terminó mal. La chica muerta de amor que es mandada al diablo de una día al otro por un imbécil con corazón duro como la piedra.

– Ah... tu hermanastro... ríe mi mejor amigo con una actitud golosa.

– Bonnie, no vayas a...

– No, no haré nada, tranquila. ¡La lista de espera es demasiado larga!

Un buen resumen de la vida sentimental de Tristan...

Idiota.

Mis dos cómplices se marchan, hacia la playa, y el trayecto hasta la agencia inmobiliaria de mi padre se anuncia interminable. El sol golpea el asfalto, intento encontrar un poco de sombra mientras que la parada del autobús se llena de diferentes rostros. Le echo un vistazo a mis vecinos - un hombre en silla de ruedas, una anciana sin aliento y una madre harta de sus tres pequeños insoportables - y

me doy cuenta de que francamente no tengo de qué quejarme.

Ciertamente, mi madre jamás luchó por mí; ciertamente, mi padre se casó con una perra horrible; ciertamente, mi hermanastro es un completo imbécil; pero nada de eso me impedirá llevar mi vida como quiero. Y mientras tanto, me doy el lujo de disfrutar del pequeño paraíso en el cual vivo.

Sin pensarlo dos veces, le ofrezco mi botella de agua fresca a la anciana, tomo el billete de veinte dólares que le acaba de robar el niño más grande al señor en silla de ruedas y se lo regreso, y luego atravieso a toda velocidad la carretera que bordea el mar para evitar los vehículos que corren hacia mí. Una vez que llego hasta la arena, me lanzo hacia el agua color turquesa. Me detengo justo frente a ésta, me quito los shorts, la playera y las sandalias, suelto mi bolsa y entro al agua soltando gritos de alegría.

Durante varios minutos, floto en la superficie cerrando los ojos, saboreando este momento de plenitud, de calma. Estoy sola en el mundo y me encanta. El sol está bajo, el final de la tarde se acerca y salgo del agua con pesar. Dejo que los rayos ardientes sequen mi piel por algunos minutos, luego me pongo la playera. Algunos metros detrás de mí, escucho algunas risas y luego un claxon.

– ¿Así que ése es tu nuevo trabajo? me grita Tristan, sobre el asiento de copiloto de su amigo Drake, con su brazo bronceado colgando indolentemente del otro lado de la portezuela. ¿Nadar al lado del camino, en calzones? ¿Quieres que te lance unas monedas?

– ¿Así le hablas a las mujeres para que se enamoren? replico volviendo a ponerme mis shorts y mis sandalias. Ahora comprendo mejor la desesperación de Lana...

– ¿Quieres que te llevemos a alguna parte? me propone Drake, saliendo del auto para llegar hasta mí.

Tristan también salió del auto, pero se mantiene a distancia. A pesar de los metros que nos separan, siento su mirada sobre mí.

– No gracias. No iré a ningún lugar con él...

– Puedo dejarlo al lado del camino, si quieres, bromea su mejor amigo.

– Cuidado con lo que dices, Drake, lo amenaza Tristan desde lejos, con los brazos cruzados sobre su torso.

– Anda, vamos, te dejo donde quieras.

Estoy a punto de rechazarlo de nuevo cuando el autobús pasa frente a nuestros ojos.

– El próximo pasa en treinta minutos, se regocija Tristan, cruzando las manos detrás de la cabeza, como si no pudiera hacer nada.

Le agradezco al rubio alto, le muestro el dedo de honor al playboy patán y comienzo a recorrer la carretera a pie. Eso no debería tomarme más de cuarenta minutos. Sólo que apenas doy veinte pasos antes que la SUV amarilla se detenga

nuevamente a mi altura.

– ¡Sube, Liv! insiste Drake. Te vas a morir de calor y arriesgas tu vida caminando en medio de todos estos coches.

– Sube, repite Tristan con su voz grave y la mirada concentrada en el camino.

Esa voz...

– No gracias.

– Sawyer, deja de actuar como niña y sube, repite con los ojos todavía fijos frente a él. ¡Si algo te llegara a pasar, tu padre diría que fue mi culpa!

– Basta, me vas a hacer llorar, digo con ironía.

Ruido de portezuela. Mano de hierro que me toma del brazo - con una sorprendente suavidad - y que me obliga a subir al asiento trasero. Nuevo ruido de portezuela.

– Pon el seguro, Drake, le pide el imbécil que acaba de secuestrarme.

– ¿A dónde vas, Liv?

– United Street, artículo a mi pesar en dirección al rubio.

– ¿La agencia de Craig? me pregunta Tristan volteando.

Esa maldita mirada que me desestabiliza...

– Sí, ya sé, suspiro. « Hija de papá », y todo eso...

– ¿Qué? interviene Drake sin comprender nada.

– Olvídalo, le responde su mejor amigo. La dejamos y nos vamos con las gemelas.

Las gemelas... Imagino que dos por el precio de una...

Me quedo muda durante el resto del trayecto. Una vez que llegamos al centro, Drake me deja en el lugar convenido. Tristan me lanza una mirada extraña cuando bajo del auto, sus ojos me analizan de arriba a abajo, luego se clavan en los míos, desafiantes. Primero elijo ignorarlo y me alejo, pero ya con esta provocación, regreso.

– Guarda ese tipo de miradas para tus gemelas, digo en voz baja, para que sólo él escuche.

A su lado, Drake está a media conversación telefónica con una chica, que al parecer no apreció su comportamiento del día anterior.

– ¿En verdad crees que así es como te miro? me observa Tristan con un aire arrogante. Pequeña, no sabes nada de hombres...

– La « pequeña » tiene seis meses menos que tú, resoplo.

– Ve con papá, me gruñe revelando sus dientes impecables a través de una sonrisa.

– Algún día tendrás que explicarme.

– ¿Explicarte qué? pregunta entrecerrando los ojos por culpa del sol.

– Qué he hecho para que me odies tanto...

Durante un breve instante, el señor Tengo-una-respuesta-para-todo parece desconcertado por mi pregunta. Luego su sonrisa se dibuja de nuevo, pero esta vez acompañada de una mirada franca, sin provocación ni insolencia.

– No te odio, Sawyer. Ésa no es la palabra.

Sin darme tiempo de responder, le hace un gesto a su vecino y las llantas derrapan sobre el asfalto, llevando a la SUV en dirección a las gemelas.

¿Entonces imagino cosas?

El escaparate azul y blanco de la Luxury Homes Company acaba de ser limpiada a profundidad cuando entro. Ellen, la secretaria, me reconoce inmediatamente y llama a mi padre para anunciar mi llegada. Después de intercambiar algunas cortesías, llego al primer piso y entro al territorio de Craig Sawyer. Su mundo.

– Oliva verde, ¿qué te trae por aquí? se sorprende mientras me da un beso antes de dirigirse al refrigerador para sacar un jugo de frutas. ¿Piña? ¿Fresa? ¿Tupinambo?

Río, como cuando tenía 4 años y me hacía esa broma. Su olor a almizcle blanco y tabaco mentolado me apacigua, como siempre.

– Coliflor, respondo sentándome en su silla de director general.

– Algún día, te tocará a ti disfrutar de esa vista, dice observando la calle más bella de la ciudad a través del ventanal.

Le sonrío, un poco distraída, él llega hasta mí, se sienta en la orilla de su escritorio y me da el jugo de fresa.

– ¿Todo bien? me pregunta dulcemente.

– La convivencia se ha vuelto un poco difícil...

– Ya se acostumbrarán. Dos cabezas calientes como las tuyas no pueden más que provocar chispas. Pero no dudes en pagarle con la misma moneda...

El discurso de mi padre me hace reír. Craig debería probablemente aconsejarme ignorar las provocaciones de mi hermanastro, esperar a que pase, pero no, me recomienda sacar las garras, no dejarme. Y sólo por eso lo amo mucho más.

– Hey, Liv querida.

– ¿Sí?

– Aquí estoy... Háblame si necesitas lo que sea.

– Un trabajo..., murmuro observando un cuadro de plata en la pared.

– ¿Perdón?

– Necesito un trabajo. De verano...

– Creí que te negabas a « trabajar para papá », dice imitando mi voz al parecer irritante.

– Por favor dime que eres muy malo para imitarme.

– Sí. No podría ser peor.

- OK, río.
- Así que, ¿un trabajo?
- Sí. De lo que sea. Algo que me mantenga ocupada. Que me dé algo de dinero. Y que me enseñe cosas que pueda usar más tarde.
- ¡Aleluya, mi hija tuvo una revelación! Para tener una carrera exitosa en bienes raíces, hay que dar sus primeros pasos en... ¡una inmobiliaria!
- Sí, bueno, ya entendí, murmuro. ¿Tienes algo para mí?
- Llevo un mes guardándote el puesto, dice abrazándome. ¡Practicante en jefe!
- ¿En qué consiste eso exactamente?
- ¡Calma tu impaciencia, Oliva verde! ¡Lo averiguarás el lunes!

Y el gran tonto de mi padre comienza a bailar tango solo de un lado al otro de su oficina, por lo feliz que está de que su hija tome el mismo camino que él. Un camino que él se abrió solo, sin la ayuda de nadie, empezando desde cero. Un camino que me hace inmensamente orgullosa de ser su Oliva verde.

- ¿Diga? ¿Diga? ¿Qué es este aparato infernal? ¡Sabía que tenía que resistirme a ese vendedor con ojos tristes! Pero quería que le comprara su cosa... Maldita sociedad consumista...
- ¿Betty-Sue? río al reconocer su voz... y su forma « colorida » de expresarse.
- ¿Diga? ¿Liv?
- ¿Abuela?
- ¡Ah no! ¡Voy a colgar si me llamas así!
- ¡Betty-Sue, ya no tienes 20 años, hazte a la idea! río.
- ¡Todo es mental! ¡Tengo 20 años si quiero tener 20 años! ¿Hola?
- Sí, sigo aquí. ¿Me escuchas?
- ¿Hola? ¡Maldita pantalla táctil! ¡Fue inventada por el diablo!
- Betty-Sue, ¡pon el altavoz!
- ¿El qué?
- ¡Está escrito en la pantalla de tu iPhone!

Algunos segundos y ruidos más tarde, mi abuela por fin logró domar su celular.

- ¿Cuándo te voy a ver, pequeña?
- ¡Cuando quieras! ¡Ven a la casa!
- ¿Para aguantar a la fanfarrona esa? ¡Paso!
- Sienna casi nunca está aquí durante el día, está en su hotel.
- ¡Pero tiene espías!
- No, esas son las niñeras de Harrison, río.

- Es lo mismo. ¡Debe haber instalado cámaras en todas partes!
 - Bueno, entonces yo iré a verte.
 - ¿Mañana? ¡Tengo que verte antes de tu cumpleaños! Después tendrás 18 años y ya no serás la misma.
 - Betty-Sue, sólo tendremos dos años de diferencia, murmuro, enternecida por sus palabras.
 - Es cierto, dice con una voz conmovida. Estás creciendo demasiado rápido, mi pequeña...
 - Sigo siendo la misma.
 - Creo que vas a vivir muchas cosas nuevas este año...
 - ¿Fuiste a que te leyeran las cartas otra vez?
 - Sí, confirma con una sonrisa en la voz. Y créeme, ¡este año será como ningún otro!
- Extrañamente, no sé si eso es algo bueno o malo...*

3. La edad más hermosa de la vida

Escuché a todo el mundo agitarse esta mañana. Pude haberme quedado dormida más tiempo pero ya estaba despierta, con los ojos bien abiertos y las piernas temblando. Escuché mi nombre varias veces, abajo, sé que hablan de mí y sé muy bien por qué. Pero no me levanté. Me quedé casi una hora más en la cama, pensando en este día especial, intentando visualizar mi futuro, sin ver nada, verificando si me sentía diferente o no. Ya tengo 18 años. Y, como lo había previsto, nada ha cambiado. Mi padre trabaja demasiado, fuma demasiado, se estresa demasiado. Tristan habla demasiado fuerte, ríe demasiado fuerte, canta demasiado fuerte. Harrison no come mucho, habla mal, tiene miedo de todo y llora por cualquier cosa. En todo caso fue lo que escuché a Sienna reprocharle esta misma mañana.

Y si yo hubiera estado allí, seguro también me habría tocado algo: « Cepíllate el cabello, tienes muchos nudos. ¿No te quieres broncear un poco? ¡Deja de hacer esa cara! ¿Cuándo te vestirás como chica? ¡Las señas obscenas y las groserías están prohibidas bajo mi techo! ¿Puedes cuidar a Harry hoy? »

¡Veamos!

Esperando tener un poco de silencio como regalo de cumpleaños, esperé pacientemente a que el ruido cesara, que las puertas se azotaran, que la casa se vaciara. Escuché a mi padre irse a trabajar y lanzar un caluroso « ¡Buen día, nos vemos más tarde! ». Escuché a mi madrastra encerrarse en su oficina y exigir suspirando « Intenten no molestarme ». Escuché a Tristan irse a pie, silbando, y corrí hacia la ventana para verificar: estaba atravesando el patio, dándole la mano a su hermanito, quien le daba la suya a Alfred el cocodrilo, cuya cola se arrastraba por el suelo. Una imagen casi enternecedora. Pero sobre todo, la señal de que el camino estaba libre.

Sin pensar en mi atuendo, en mi peinado o en cualquier otra cosa, entro felizmente en la silenciosa cocina. Mi taza llena de café - frío - y el mensaje de mi padre me hacen sonreír.

« Feliz cumpleaños, mi gran Oliva verde. Hace dieciocho años cambiaste mi vida. Deseo que la tuya sea igual de bella, igual de fuerte y de apasionada que tú. Te amo, Papá. »

Justo abajo, garabateado sobre el mismo papel, Sienna escribió « Con esto cómprate todo lo que quieras » y puso cincuenta dólares al lado. Como cada año. Es el máximo de ternura y generosidad del que es capaz. Ya me acostumbré.

La puerta de la villa suena de nuevo y Harry se lanza hacia mí

explicándome que « Titan » acaba de enseñarle a hacer pipí afuera. Genial. Entonces sólo salieron por algunos minutos. Y estoy vestida con unos shorts, playera sin sostén, y con el cabello esponjado y despeinado, en medio de la cocina. Tristan llega después, pareciendo indolente, despeinándose el cabello con una mano y manteniendo la otra escondida detrás de la espalda. No ha hecho ningún comentario sobre mi atuendo o mi peinado, hasta ahora. Mantengo a Harrison pegado contra mis piernas desnudas para esconder lo esencial.

– ¡Happy birthday, Sawyer! dice Tristan haciendo aparecer un ramo de rosas blancas de detrás de su espalda.

Dudo por un segundo. Él no es así. Pero su sonrisa parece más sincera que de costumbre. Y mi corazón late a un ritmo inusual. Su detalle me conmueve. Pero tengo miedo de que sea una broma.

– Puedes contarlas, hay dieciocho, insiste acercándome más las flores.

– Gracias, murmuro aceptándolas finalmente.

– Harry, ve a hacerle un dibujo a Liv, le dice a su hermano mientras que nuestras manos se rozan.

El pequeño obedece, se va de la cocina, y la habitación continúa cargándose de electricidad. Normalmente, la chispa ya se habría producido, las agresiones habrían comenzado y una taza o un zapato volado.

– Deberías ponerte shorts más seguido, ahora que ya no eres una niña, continúa Tristan en voz baja. Y me gusta mucho cuando tu cabello está así, en desorden.

Me cuesta trabajo distinguir si éstos son cumplidos. O indirectas disfrazadas. Finalmente, es menos difícil cuando me está provocando, siempre encuentro algo que responderle. Ahora es terreno desconocido. Tengo la boca seca. Y el silencio se hace eterno. Me asusto cuando Sienna lo rompe, llegando a la cocina, haciendo que Tristan dé unos pasos hacia atrás y dirigiéndose a mí:

– Liv, ya no tengo efectivo para pagarle al ama de llaves, te tendré que robar cuarenta dólares, ¡pero recuérdame que te los regrese! dice sin mirarme y quitándome mi regalo de cumpleaños.

– OK, murmuro para responder algo, un poco desconcertada por lo que acaba de pasar.

– ¡No hagas esa cara! continúa Sienna con un tono de reproche. No es como si no tuvieras ningún regalo. ¡Craig se levantó mucho más temprano de lo normal para ir a comprarte ese ramo! Pensó que te levantarías antes. De hecho, quedarte tanto tiempo en la cama te hinchó...

– ¿Fue él? ¿Mi padre compró las flores? la interrumpo sintiendo mi enojo aumentar.

– Por supuesto, ¿quién más podría ser? ¿Creíste que tenías un admirador secreto? bromea inocentemente mi madrastra.

Tristan estalla de risa detrás de ella. Dejo los labios sobre la encimera y me muerdo los labios para no dejar que la tristeza me sumerja. O que mis lágrimas de frustración corran.

Me gustaría tanto poder solamente estar enojada. ¡O mejor aún, que no me importara!

– ¿Qué le hiciste ahora? le ladra Sienna a su hijo. ¡Es su cumpleaños, maldita sea! ¿Al menos la felicítaste?

– Por supuesto, mamá, responde con tono de niño bueno, pero mirándome con sus ojos de niño malo.

– Ustedes dos me agotan, suspira ella. ¡Hagan las paces, dense un abrazo y compórtense como hermanos por primera vez!

Sienna espera, con los puños sobre la cadera como si estuviera decidida a obtener lo que acaba de pedir. Y Tristan la obedece, lo cual casi nunca sucede. Él se acerca lentamente a mí, con su andar desenvuelto y su boca estirada en una media sonrisa. Me rodea con sus brazos y pega su insoportable hoyuelo contra mi mejilla, antes de murmurar:

– Feliz cumpleaños, ingenua Liv...

– Te odio, Quinn, le respondo en voz baja, esbozando una sonrisa falsa para que mi madrastra esté contenta.

– No eres mi hermana y nunca lo serás, continúa diciendo mientras me abraza más fuerte, como para lastimarme.

– Tus bíceps no me dan miedo. Mi rodilla está cerca de tu bragueta, silbo separándome algunos centímetros para amenazar su entrepierna.

– ¿Ya ven? ¡No es tan difícil hacer las paces! se alegra Sienna antes de dejar el lugar. Regresaré a trabajar, ¡intenten no destriparse! ¡Y cuiden a Harry! agrega desde lejos antes de azotar la puerta de su oficina.

Tristan me suelta de inmediato y lo empujo para irme de la cocina, corro al pasillo ignorando al niño que me muestra su dibujo, subo las escaleras sin voltear y me encierro en mi habitación, sin aliento, enojada como pocas veces lo había estado. Y lloro de tristeza. Con su perfume de mierda en todo mi cuerpo.

¿Quién dijo que los 18 años era la mejor edad de la vida?

Sigo sin calmarme cuando veo a mi padre, por la tarde, para nuestra tradicional cena a solas. Desde que soy pequeña, vamos a un restaurante cada año por mi cumpleaños. Soy yo quien tiene el derecho de escoger el lugar. Y de empapar mis labios en su copa de champagne. Esta noche, beberé toda una botella para olvidar esta mañana de pesadilla y el resto del día que pasé encerrada en mi habitación para evitar cruzarme con el otro imbécil.

– Dieciocho años son muchos, ¿no? comienza a decir mi padre observando mi cara inquieta.

– No, eso no cambia mucho, le confieso alzando los hombros para intentar tranquilizarlo.

– Entonces tal vez este regalo cambie un poco más tu vida, se divierte antes de sacar una gran llave negra del bolsillo interior de su saco.

– ¿Es la llave de un auto?

– Sí, ya eres lo suficientemente responsable. Y ya no quiero verte caminar al lado de la carretera porque se te fue el camión, me regaña frunciendo el ceño. ¡Y sé que te pondrás el cinturón! continúa para convencerse a sí mismo.

– ¡Claro que sí! Gracias papá, exclamo saltándole al cuello por encima de nuestros platos vacíos. Y gracias por haberme enseñado a manejar sin tener un infarto. Gracias por las flores de esta mañana también, y gracias por todo lo que has hecho por mí estos dieciocho años.

– Pues creo que te eduqué muy bien, se regocija, ¡sabes muy bien cómo agradecer!

– ¡Te pagaré el auto cada mes con mi salario, hasta que lo haya pagado todo!

– Ya veremos después, dice como para evadir el tema. Me alegra que trabajes en la agencia, Oliva verde. Tienes todas las cualidades para tener éxito en los bienes raíces: carácter, sangre fría, sabes persuadir y eres tenaz... Sólo tendremos que trabajar un poco en tu aspecto social, se burla gentilmente.

– Creo que será mejor que vaya a la universidad, todavía no estoy lista. Pero hasta ahora no he tenido ninguna respuesta positiva. Tal vez ninguna me acepte...

– Eres una Sawyer, Liv, lista pero no muy buena con la escuela. ¡Idéntica a tu padre! Créeme, no necesitas un diploma para tener éxito en tu vida profesional. Uno aprende mejor con la práctica. Y no estoy seguro de querer ver a mi pequeña hija irse a una universidad al otro lado del país.

– ¿Sabes que eres el único padre del mundo que le aconseja a su hija que no estudie?, digo riendo.

– Quiero que seas feliz, ¡así que puedes hacer lo que quieras! Pero no quiero que te salgas de la casa sólo para huir de Tristan o Sienna.

¡Justo en el blanco!

– No es eso... intento disimular.

– Sí, sabes que es exactamente eso. Y sé que llevo tres años repitiéndote lo mismo, pero dales una oportunidad y date tiempo. Uno cambia al crecer. Todo cambia. Ya has vivido demasiadas vidas, en París, aquí, con tus padres divorciados, luego un padre soltero y ahora una familia recompuesta... ¿Quién sabe qué más podría pasar?

– Quién sabe... repito pensando en Tristan con cierto malestar, antes de deshacerme de esta idea.

– ¡Por el futuro! dice mi padre elevando su copa de champagne para brindar. ¡Y por tu nueva vida de adulto! proclama dejándome empapar mis labios en su copa.

Una hora más tarde, tengo que conducir para regresarnos a la casa. « Mi » auto, traído por un empleado de la agencia hasta el restaurante, es una pequeña SUV negra, elegida por su solidez y todas sus opciones de seguridad. Una vez que nos estacionamos frente a la villa, abrazo a mi padre y le agradezco nuevamente. Él me felicita por mi prudencia y me propone acompañarlo mientras que fuma un último cigarrillo en la entrada, sin que Sienna lo vea.

– No sé si lo recuerdas, pero el padre de Tristan murió en un trágico accidente, dice exhalando una espiral de humo mentolado.

– Sí, era piloto de carreras y murió en auto , digo tristemente.

– Eso fue algo brutal y muy difícil para ellos. Sienna estaba embarazada y... Tristan vio el accidente cuando sólo tenía 14 años... me cuenta mi padre sin saber si habló de más o no dijo lo suficiente.

– No sabía que eso había pasado con él presente. A él y a Sienna no les gusta hablar de eso...

– Tristan tiene licencia de manejo pero casi nunca conduce. Es un tema sensible para él. Intenta no ser muy brusca con él en cuanto a eso, ¿OK?

– Intentaré..., respondo sin saber muy bien lo que eso implica.

Ni si realmente es posible tener algún contacto que no sea « brusco » con él.

Mi padre aplasta su cigarrillo en el piso y lo lanza en el basurero de afuera caminando sobre la punta de los pies. Después regresa con el índice sobre los labios en señal de secreto exagerando su andar discreto para hacerme reír. Tanto en los buenos días como en los malos, somos cómplices. Y llevamos dieciocho años así.

Saco mi celular que vibra en mi bolsillo: « Mamá » aparece en la pantalla, dejándome inmóvil, perpleja. Contando Navidad, éste es el segundo día del año en que mi madre me llama. Mi padre me da un beso sobre la frente y me susurra que conteste, antes de regresar a la casa.

– ¿Diga? articulo obligándome a parecer jovial.

– Feliz cumpleaños, Liv.

– Gracias...

– ¿Calculé bien la diferencia de horario? Son las 6 de la mañana en París.

– Sí. Aquí casi es medianoche. No necesitabas levantarte tan temprano, sabes.

– No quería perderme los 18 años de mi hija.

– Aún estás a tiempo, mamá...

– ¿Tu padre te llevó al restaurante?

– Sí, es la tradición, suspiro pensando que cada año tenemos la misma

conversación.

– Lo sé, responde como siempre, para demostrarme que no está completamente fuera de mi vida. Espero que estés feliz en tu isla.

– Creo que sí.

– Entonces te dejo. Buenas noches, Liv. Y hasta pronto, me miente.

– Hasta pronto, miento de regreso.

Hasta dentro de seis meses, mamá. Para la misma llamada que la Navidad pasada.

Las lágrimas se acumulan en mis ojos. Normalmente, no me cuesta trabajo admitir que mi madre y yo estamos un poco alejadas. Nos hablamos como una tía y una sobrina que apenas se conocen. O como una madrina y una ahijada que se alejaron hace mucho tiempo y no tienen más vínculo que ese título que hace tiempo les otorgaron. Pero esta noche, creo que me hubiera gustado mucho tener una madre, una mujer en quien confiar, a quien le pudiera contar sobre mi nudo en el estómago, el agujero en mi corazón, mi miedo de crecer y de no comprender nada sobre lo que me acontece. Una mujer que pudiera explicarme que se puede odiar a un chico y al mismo tiempo creer que huele delicioso. Detestarlo pero amar la manera en que te mira. Detestarlo y pensar en sus brazos a tu alrededor.

No, jamás en la vida admitiré nada.

De hecho todo eso es falso. Odio cualquier cosa relacionada con él. Tristan Quinn es mi peor enemigo.

No sé por qué dije que sí. Odio las fiestas. No me importan en lo absoluto. Y mucho menos las que son en mi honor. Y mucho menos cuando tienen lugar en la terraza del hotel de Sienna. Pero no puedo decirle que no a mi padre. Y en el momento, eso me pareció menos peor que hacerlo en la casa de la familia. Eso me daba una excusa más para escaparme de ella. Pero este sábado parece mi peor pesadilla. Fergus y Bonnie lograron traer a unos quince estudiantes de la escuela - prometiéndoles una increíble *pool party* - para hacerme creer que tenía muchos amigos. ¿Qué fue lo que los atrajo? La reputación del *Lombardi*, una antigua casa colonial situada en la más hermosa playa de los alrededores, restaurada y transformada en un hotel de lujo. Ahora es el refugio de las celebridades que vienen a tomarse un descanso en la isla. Algunos de mis antiguos compañeros de clase deben estar esperando cruzarse con Kanye West, Jennifer Aniston o Ryan Gosling, pero no será así: el hotel está cerrado por algunos días, lo cual explica por qué mi encantadora madrastra aceptó invitarme.

El mesero nos deja elegir entre cocteles de frutas y sodas. Es de noche sobre la playa, directamente frente a nosotros, pero el bar exterior del hotel difunde una luz multicolor y llamativa que haría pensar que estamos en una merienda de

cumpleaños en plena tarde. Mi mejor amiga canta los éxitos del verano que resuenan desde las bocinas intentando poner ambiente. Pero creo que sus *vibes* asmáticas con aspiraciones R'n'B molestan a todo el mundo. Mi padre y Sienna aprovechan que hay algunos padres presentes para transformarlos en potenciales clientes y hacerle publicidad a su empresa respectiva. Y cuando a lo lejos percibo a mi abuela buscando el camino en la recepción del hotel, temo lo peor...

¿Acaso esta noche completamente fracasada podría empeorar?

Sí, adoro a Betty-Sue, ¡pero es capaz de avergonzarme más que nadie!

– Liv querida, ¿por qué decidiste celebrar tu cumpleaños aquí? me murmura cuando voy con ella.

– No me preguntes. Es una larga historia...

– ¡Los jóvenes de hoy en día ya no saben divertirse! dice quitándose las sandalias y poniéndose a bailar descalza como si estuviera en trance.

Su larga falda bohemia vuela a su alrededor y sus cincuenta brazaletes de dijes se agitan en su brazo con un ruido metálico que llama la atención hacia nosotros.

– Betty-Sue, de por sí tengo ganas de ahogarme en esa piscina; por favor no le agregues más.

– Ya veo, se detiene volviendo a ponerse seria. Sólo vine a darte esto. ¡Feliz cumpleaños, pequeña!

Desdoble discretamente la envoltura de papel reciclado y descubro una prenda extraña, larga y asimétrica, con inmensas mangas y motivos abigarrados.

– Es un poncho de verano, me explica con un brillo en los ojos. ¡Puedes ponértelo sin nada abajo y sentirte libre, muy libre! ríe agudamente. O convertirlo en tu vestido de playa cuando no sabes qué ponerte encima de tu traje de baño mojado. Es transparente para que de todas formas los muchachos puedan admirar lo que hay abajo, agrega con un guiño de complicidad. ¡Pero bueno, puedes hacer lo que quieras con él!

– Gracias, Betty-Sue, es...

– Indispensable es la palabra que buscas, me ayuda riendo antes de darme un beso en la mejilla. ¡Me voy! anuncia poniéndose las sandalias.

– ¿Segura que no quieres quedarte? insisto por pura cortesía.

– ¡No, querida, la vida es demasiado corta como para castigarse con este tipo de fiestas! ¿Quieres huir conmigo? me propone mi abuela que jamás se queda corta de ideas locas.

– Qué amable eres pero creo que me voy a quedar... Papá se decepcionaría.

– Bueno. Pero recuerda que un poncho de verano también puede servir para estrangular a una madrastra *molesta*, me murmura pasándome la larga tela alrededor del cuello.

Le da tres o cuatro vueltas, aprieta fuerte y grita « ¡Cuic! » antes de dirigirse

a la salida. Río sola mientras me voy con los demás, quienes se aburren cerca del bar con sus vasos de jugo de naranja. ¡Temía la aparición de mi abuela pero, hasta ahora, creo poder decir que ha sido el mejor momento de este cumpleaños! Mi padre termina por irse también, llevándose de la mano a Sienna, quien verifica que nadie rompa nada. A juzgar por el ambiente, no hay ningún riesgo de eso. No me importa en lo absoluto no tener amigos cool, no ser una chica popular y no emborracharme por mi cumpleaños número dieciocho. Pero si pudiera pasar esta noche sola en mi habitación o en una playa desierta sólo con Bonnie y Fergus, sería feliz.

En lugar de esto, veo llegar a Tristan y cuatro de sus amigos - los miembros de su grupo musical -, cada uno con una botella de alcohol en la mano y una sonrisa en sus caras de idiota. ¿Cómo se atreve a aparecer por aquí después de lo que me hizo esta mañana? Esperaba que eso fuera el final del calvario para mí, pero algo me dice que apenas está comenzando.

– No es muy amable no invitar a tu hermanastro a tu cumpleaños, viene a provocarme.

– Tendrías que aclarármelo, Quinn. ¿Soy tu hermanastra o no soy nada para ti?

– Sigues sin ser nada, eso no ha cambiado desde esta mañana, me responde con una sonrisa retorcida.

– ¿Entonces qué diablos haces aquí? escupo acercándome más a él para desafiarlo.

– Ni te hagas ilusiones, vine porque no tenía nada mejor que hacer, continúa alzando los hombros, pareciendo indiferente. Y mis amigos querían conocer chicas.

– ¿Hijas de papá como yo? ¿Desde cuándo les interesan? continuó enfrentándolo.

– A ellos les interesan. No dije que a mí también, precisa mirándome intensamente como para darme a entender lo contrario de lo que acaba de decir.

Tristan cruza sus musculosos brazos sobre el torso y se divierte prolongando el silencio que sigue, frente a mi malestar y mi ausencia de ingenio para contestar algo. Juego con mi copa de coctel vacía intentando no dejar que sus ojos azules me desestabilicen.

– Déjame adivinar, continúa su voz grave un poco más baja, tienes ganas de lanzarme tu copa a la cara, ¿verdad? ¿Por qué no lo haces? me provoca con su estúpido hoyuelo marcado.

– No quisiera arruinar tu linda carita de ángel, replico sin esperar. Ya que es todo lo que tienes a tu favor.

Él sonríe, como si acabara de hacerle un cumplido, y su gran cuerpo se aleja lentamente, con su andar sexy, para ir con sus amigos músicos. Me apresuro a dejar la terraza del hotel para ir a respirar aire un poco más puro en la playa. Otro

grupo de jóvenes parece estar festejando más lejos. Creo que ni siquiera los envidia. Como por arte de magia, todos los invitados de mi cumpleaños llega conmigo unos minutos más tarde, formando un círculo sobre la arena. Las botellas giran y van cambiando, de mano en mano, de boca en boca, y me permito tomar algunos tragos de alcohol, esperando que éstas me relajen un poco.

A lo lejos, el bar del hotel se apaga y la última luz que nos ilumina ahora es la de la luna encima de nuestras cabezas. La repentina oscuridad hace reír a algunos - sobre todo chicas - y otros aprovechan para comenzar un juego de botella - chicos, obviamente. El cuello de ésta gira y señala a los primeros condenados a besarse, quienes se conforman con un corto beso inocente frente a los abucheos de los demás. En mi espalda, cruzo los dedos tan fuerte como puedo para no ser señalada nunca. A mi lado, veo a Bonnie rezar con todas sus fuerzas por todo lo contrario. Ella suspira ruidosamente, tanto de ganas como de decepción, cuando una linda castaña que ni siquiera sé cómo se llama besa apasionadamente a Drake, el mejor amigo de Tristan.

– Bonnie, cierra la boca, le susurro dándole un codazo mientras que el beso se hace eterno. Se te va a meter una mosca.

Drake y sus labios enrojecidos giran ahora la botella vacía sobre la arena. Ésta señala a Tristan quien se va corriendo, perseguido por el rubio alto y sus gritos de bestia. Él termina por darle un beso en el cachete forzado y con mal tino mientras que los demás gritan de risa, sin duda bajo el efecto del alcohol y de la emoción.

Esta vez es seguro, debí haber huido con Betty-Sue...

O no haber venido a mi fiesta de cumpleaños.

Y mierda.

La botella girada por el musculoso brazo de Tristan apunta directo hacia mí. Mi corazón se detiene. Miles de groserías se acumulan en mi garganta. Le lanzo una mirada de desesperación a Bonnie que llega a rescatarme gritando por encima de las risas:

– ¡No pueden besarse, son de la misma familia!

– Es cierto, esos sería asqueroso, la apoya Fergus que muere por que ya sea su turno.

– ¡Eso no importa, no tienen un vínculo de sangre! los contradice Drake aunque nadie le pidió su opinión.

– Técnicamente, es cierto que no son hermanos... duda Bonnie, sólo para compartir la misma opinión que al rubio alto.

– ¿Qué te pasa Sawyer, te da miedo? interviene Tristan avanzando indolentemente en medio del círculo.

– ¿Miedo de qué? ¿De ti? gruño obligándome a sonreír como si no me importara.

Y en realidad me está empezando a dar calor. Y frío. Todo a la vez.

Respiro por la boca para no oler su perfume. Miro mis pies para no enfrentarme a su mirada azul llena de desafío. Luego lo miro un poco, para que no parezca que me estoy acobardando. Pero su sonrisa llena de seguridad me aterra. Me quedo hipnotizada por su hoyuelo, que me da un poco menos de miedo que todo lo demás. Y termino por voltear hacia la luna para que ésta me ayude. Todo da vueltas a mi alrededor a medida que Tristan se acerca. Las risas y los gritos de los demás se convierten en un zumbido lejano. Él rodea mi rostro con sus manos. Su perfume invade mis narinas. El azul penetrante de sus ojos me obliga a cerrar los míos. Y sus labios rozan mis labios, apenas un segundo. Pero lo suficiente para que mi corazón se detenga, la cabeza me dé vueltas y la arena se vuelva movediza bajo mis pies. Un ínfimo, minúsculo, ridículo gemido se escapa de mi boca cuando la de Tristan se aleja.

Silencio total a nuestro alrededor. Espero que nadie me haya escuchado. Siento que mis mejillas se sonrojan en la oscuridad, contengo la respiración hasta que los gritos de alegría explotan de nuevo. Todo el círculo está ansioso por que el juego continúe. Pero Tristan recoge la botella y la lanza con todas sus fuerzas hacia el océano.

– Éste es un juego de niños, gruñe antes de alejarse en la arena para llegar con el otro grupo, más lejos en la playa.

Una rubia con mini short ceñido le abre los brazos de par en par. Su ex, Lana.

¡Feliz cumpleaños, Sawyer... !

4. « I'm Gonna Get You »

Lunes por la mañana. Primer día del resto de mi vida adulta.

Yo, Liv Sawyer, juro solemnemente dedicarme en cuerpo y alma a mi trabajo de asistente inmobiliaria y no perder un solo minuto - un solo segundo - en volver a pensar tontamente en ese beso que no significó nada para mí, ni para él.

¡Y deja de sonrojarte, maldita sea!

Siete mil trescientos cincuenta y cinco kilómetros entre París y Miami, luego cuarenta y dos puentes hasta Key West: eso es lo que tuvo que atravesar. En tan sólo seis años, mi padre ha logrado consolidar a su agencia inmobiliaria como la más próspera de la isla. Claro que trabaja demasiado, duerme poco, fuma como chimenea - rara vez frente a mí -, pero ha logrado su cometido de darle un nuevo impulso a carrera regresando a instalarse en Florida. Su agencia parisina continúa trabajando durante su ausencia, con su brazo derecho administrando todo en el lugar, pero sé que el cerebro de Craig debe estar en todas partes al mismo tiempo. En los Campos Elíseos allá, en Whitehead Street aquí, donde se encuentra la fabulosa casa de Hemingway.

– ¡Hola Janice! exclama alegremente mi padre en el teléfono. Sí, cerré la venta. ¡Sí, en menos de tres días, hay que decir que fue todo un logro! Llamaba para saber cómo van los pagos de las rentas este mes.

Me inclino hacia adelante lo más discretamente posible y aprieto el botón del altavoz, para dejar de ver la pared como tonta y sentir que al menos estoy haciendo algo. Craig hace como si me regañara, pero se conforma con dejar el teléfono antes de cruzar las manos detrás de su cabeza. A pesar de su estricto traje gris de hombre de negocios - resaltado por una llamativa corbata azul -, parece diez años más joven de lo que es. Todo el mundo le dice eso seguido. Que es tan apuesto como un actor de Hollywood hace algunas décadas también.

Si yo me parezco a Elle Fanning, él podría ser el gemelo de Robert Redford.

– Solamente falta contactar a dos inquilinos y listo, responde la lejana voz de Janice.

– Bien, es perfecto, dice mi padre observándome repentinamente con sus ojos límpidos. Esa misión le corresponderá a nuestra nueva recluta el día de hoy.

– ¿Nueva recluta?

– Mi hija. ¡Como quería a toda costa pasar la prueba, ahora tendrá la oportunidad de lidiar con los que se niegan a pagar!

– Espero que sepa en lo que se mete, se preocupa la administradora de

bienes. ¡El anciano de Duck Avenue no es muy tierno que digamos!

– Créeme, le sobra carácter, ríe suavemente el gran jefe. El Sr. Smith va a pasar unos quince minutos de infierno...

Algunas cortesías más tarde, mi padre cuelga y se ajusta la corbata lanzándome una mirada de complicidad.

– Así es como uno aprende, Oliva verde. Querías experimentar las condiciones reales sin ningún favoritismo, ¿no?

– Exactamente, respondo sin acobardarme. ¡Y no me asusta un viejo gruñón!

Sólo que el Sr. Smith no solamente es gruñón. Es belicoso, testarudo, orgulloso, misógino y... cecea, lo cual no me facilita en nada el diálogo. Después de casi treinta minutos de negociación, logro que pague su renta, en dos exhibiciones, pero hasta el último centavo.

– Estuvo mejor que el mes pasado, comenta Craig llegando a mi minúscula oficina. Janice tuvo que autorizarle pagar en tres exhibiciones.

Él me da una taza de café, estrecha la mano de dos turistas que pasan por ahí y luego le hace una señal a su asistente personal para que vaya a esperarlo en la sala de reuniones.

– Puedes irte y disfrutar el resto del día, me susurra. Te lo has ganado. Eres muy buena con las negociaciones, Liv. No todo el mundo puede.

– Imagino que tengo de quién heredarlo, le respondo alzando los hombros.

– No, tú eres más firme, más inflexible que yo a tu edad. Tienes una fuerza de persuasión que yo todavía no tenía.

– Pero aún así es un poco cruel, ¿no? Y hasta humillante...

– ¿De qué hablas?

– Pedirle a un anciano viudo y solitario que pague una renta que es demasiado alta para su miserable pensión.

– ¿De dónde sacaste que su pensión es miserable?

– No lo sé, creí que...

– El Sr. Smith es millonario, Liv. Sólo es demasiado tacaño para disfrutar de su fortuna antes de morir. ¡Lleva años negándose a pagar su modesta renta, aún cuando podría comprarse una villa a orillas del mar!

– ¿Ingenua, yo? resoplo sonrojándome.

– Hago todo lo que puedo por ayudar a las personas que realmente lo necesitan. A veces es complicado, pero siempre encontramos una solución.

– Mi padre, el ángel guardián de los bienes raíces, digo inocentemente.

– Así es, murmura. ¡Anda, vete antes de que cambie de opinión! Podría encontrarte una tonelada de papeles para clasificar, con sólo chasquear los dedos...

Levantándome sobre la punta de los pies, le doy un beso en la mejilla bronceada que huele a menta y tabaco, para después correr hasta la salida saltando como una gacela drogada.

Creo que finalmente esta profesión podría gustarme...

– Puede que sea un poco especial, pero yo la hice, suspira mi padre a mis espaldas, mientras que todos sus empleados me observan, probablemente consternados.

Frente al gran espejo redondo del baño, intento dominar el nuevo objeto de tortura de Bonnie: ese fierro para enchinar que me quema los dedos y hace crepitar mi cabello.

– ¿Estamos haciendo una parrillada o qué? gruño mientras que el humo se escapa ahora de mi melena.

Mi mejor amiga llega hasta mí con un vestido rojo ceñido que resalta sus generosas curvas, y grita lanzándose sobre mí.

– Liv, ¡estás loca! ¡No deberías dejar que se caliente hasta que huela a puerco quemado! grita arrancándome el arma de las manos.

– Quise intentar ser una chica normal por primera vez, digo con ironía sonriéndole a mi reflejo.

– Es raro que estés tan bonita y que de todas formas ni te importe, murmura la diva de mi mejor amiga antes de aplicarse una tonelada de labial rojo.

Me doy un brochazo, pongo un poco de labial rosa sobre mi boca antes de visualizar a una Barbie sin cerebro y de quitarle tres cuartos más, luego me volteo hacia Bonnie que canturrea *Simply the Best* con su voz hechizante..

– Bon, ¿y si por fin confiesas, Tina? digo saltando sobre el lavabo para sentarme. ¿Cuál es el programa?

– Encontrar un chico para ti y un trabajo para mí, ríe inclinándose hacia mí para ponerme mascara.

Intento separarme, pero el riesgo de perder un ojo es demasiado alto. Entonces me dejo hasta que Bonnie retrocede mirándome de soslayo:

– ¡Tus ojos azules se ven dos veces más grandes! ¡Te odio!

Aprieto el control remoto mural del baño, una canción de Queen se expande por la habitación y ella se relaja inmediatamente. La calma antes de la tempestad. Después de algunas vocalizaciones y verificaciones en el espejo, la loca me jala con todas sus fuerzas hasta mi habitación.

– ¡Quitate esos jeans y esa camisa de monaguillo! ordena abriendo mi armario.

No me muevo ni un centímetro, pero esto no evita que ella lance sobre la cama un vestido negro ultra corto - jamás utilizado -, un overol amarillo fosforescente - un regalo de broma de Fergus -, y una falda de cuero - para tirar a la basura.

– Elige.
– Jamás.
– Liv, me agrada tu look andrógino, eso te hace única, pero no creo que a los chicos...
– No me importan los chicos, Bonnie. ¿A dónde vamos?
– Al *Dirty Club*, me confiesa al fin. Habrá concierto esta noche.
– ¿Qué grupo? pregunto sin confiar en ella.
– Los Key Why, responde en voz baja.
– El grupo de...
– Tristan, confiesa alzando los hombros, con una falsa inocencia.
Ese beso... Esos labios... Esa piel... Esas manos...
Entre más intento borrarlos de mi memoria, más regresan a acecharme.
– ¡Y de Drake también! retoma Bonnie. Pienso ofrecerles mis servicios como corista.
– Claro, *sólo* como corista...
– Siento que hay algo entre Drake y yo, me confiesa sacando un cuarto atuendo improbable. ¿Por qué tienes toda esta ropa que nunca te pones?
– Porque a veces me gustaría ser como tú, Bonnie. Como todas las otras chicas. Poder vestirme con ropa sexy, ceñida, provocadora, para ir a pasearme frente a la mirada de los chicos. Sólo que va en contra de mi naturaleza, no puedo hacerlo.
Mi mejor amiga me mira sin decir nada, luego me da la falda de cuero y un top blanco, escotado por el frente y por detrás.
– Yo me ocuparé de tu naturaleza esta noche. Toma, esto irá perfectamente con tu mascara.
Había olvidado mi mascara...

El bar está abarrotado, una especie de zumbido se escapa del lugar extremadamente caliente cuando abro la puerta para entrar. Algunas miradas se clavan en mí, luego en Bonnie, algunas sonrisas se dibujan sobre los rostros masculinos. Avanzamos hasta la única mesa libre, en un rincón que da hacia un costado del escenario. Sólo hay una silla. Bonnie va a la mesa vecina para pedir otra, la veo hablar con un castaño tatuado y luego regresar olvidando el objetivo de su misión.

– ¡Me pidió tu número, pero le dije que te lo pidiera directamente! me dice al oído poniendo una nalga sobre mi silla - la única que tenemos. ¡Está guapo!

Me detengo de la mesa redonda para no caerme y me levanto para llegar hasta la mesa de al lado.

– Lo lamento, pero ya tengo novio, le informo al curioso agarrándome de la silla. ¡Buenas noches!

– ¡Oh, vamos, Blondie, no te emociones! responde. ¡Estás linda, pero no pensaba casarme contigo!

Me rompiste el corazón, estúpido.

Un piña colada virgen para mí y un mojito no tan virgen para Bonnie, quien trajo su identificación falsa que indica que tiene mucha más de la edad necesaria para embriagarse si así lo quiere. Después del segundo coctel, ella comienza a hablar un poco más fuerte de lo necesario y a lanzarle guiños a todo aquello que tenga pene. Llego hasta la barra para conseguirle un poco de agua fresca - aunque creo que más bien necesitaría una ducha fría - y preguntar cuándo empezará el concierto. El barman, un poco coqueto, ignora mi pregunta y propone mejor ofrecerme una clase personalizada de cocteles.

Maldita falda de cuero que, claramente, envía el mensaje equivocado.

– Aquí está tu agua, borracha.

– ¡No la necesito, tengo algo mejor! ¡Y tú también!

Ignoro cómo lo hizo, pero la loca logró pagarnos una nueva ronda. Y en vista del olor que emana de mi copa, el barman fue generoso con el ron.

– Bonnie, primero bebe un poco de agua, le aconsejo.

Pero en ese instante, el escenario se ilumina, la multitud se agita y las primeras notas de guitarra vuelan por el aire. Tristan aparece al centro de los músicos, con su pantalón de mezclilla, su playera negra que resalta sus pectorales y su cabello despeinado bajo los proyectores. Es la primera vez que asisto a uno de sus conciertos y no puedo creer lo que veo. Él se pasa la mano por sus mechones rebeldes, se muerde el labio, alza los hombros sonriendo a sus fans. Hace movimientos exagerados, y lo peor, es que funciona. Su indolencia, sus sonrisa de satisfacción, su seguridad, todo lo que normalmente me parece insoportable queda de maravilla con su personaje. Está perfectamente cómodo. Me fascina.

Perdida. Estoy perdida...

He logrado evitarlo desde que nos besamos, pero esta noche, deseo que nuestras miradas se crucen. Tengo ganas de jugar con fuego. Justamente, sus ojos recorren la sala y llegan hasta Bonnie y luego sobre mí. Tristan retrocede ligeramente, me observa de pies a cabeza, luego mira a otra chica, a algunos metros de allí. Una pelirroja con senos operados. Juraría que tuvo que hacer un esfuerzo para desviar la mirada. Que tenía tantas ganas como yo de perderse en nuestra mirada. Entonces tomo un trago, esperando separar mis pupilas de aquél que me está absolutamente prohibido comerme con la mirada como lo estoy haciendo. Para hacer que se pase ese extraño sentimiento que recorre mi columna. El alcohol me quema la garganta, bebo de nuevo. Mi vaso se vacía a toda velocidad, siento calor en las mejillas, en las manos, en todas partes.

La batería comienza, emocionando un poco más a la multitud. Con su mano derecha donde se dibujan músculos que yo ni siquiera debería estar notando, Tristan toma el micrófono y, de inmediato, su voz resuena. Grave, sensual, armoniosa, a veces poderosa y a veces apenas audible. Toda mi atención está sobre él, muy a mi pesar. Su seguridad. Su talento. Su sex appeal. Frente al escenario, las cabezas se mueven al ritmo. Los labios se mueven cuando el grupo toca un cover de un viejo éxito del rock. Los cuerpos se balancean y los aplausos estallan cuando el público reconoce una canción original de los Key Why, que ya habían tocado en otro concierto. Los chicos presentes asienten con el mentón, como si tuvieran cierto orgullo de conocer a *el* grupo de la ciudad, el que seguramente recorrerá todos los Estados Unidos, « por lo buenos que son ». Por su parte, las chicas bailan, saltan, se emocionan, a veces lanzan gritos agudos y agitan los brazos para llamar la atención de los músicos, y hasta intentan tocarlos desde lejos. Algunas gritan el nombre de Tristan. Y si mis brazos permanecen estáticos, no voy a llamar más la atención que ellas.

No debería. No puedo. Lo nuestro estaría mal. Prohibido. Enfermo.

Y sin embargo, me dejo arrullar por las notas, seducir por su voz, sin lograr recuperar la razón.

La temperatura debe estar cerca de los cuarenta grados cuando la primera parte del concierto llega a su fin. Después de ocho canciones, los músicos brillando por el sudor regresan a los camerinos y el público se aglutina en la barra, sediento. Justo cuando estoy por seguir a la multitud para pedir una soda, una mesera avanza hacia Bonnie y yo con la bandeja llena reposando sobre su mano.

– ¡El grupo invita! nos anuncia ella.

– ¿Así que todo el mundo tiene una identificación falsa? ¿Y todo el mundo toma menos yo? farfullo.

– Drake..., se extasía Bonnie ventilándose.

– No, Tristan es quien paga esta noche, la corrige la mesera. De hecho, él nunca hace esto.

– ¿Lo conoces? la interrogo un poco brutalmente.

– Todo el mundo conoce a Tristan, me responde la castaña de ojos verdes, con una sonrisa en los labios. ¡Y yo tal vez un poco más que los demás!

– Y tu propina se acaba de ir al caño, gruño para mis adentros.

– ¿Perdón?

– No, nada. Tomaré el whisky con soda.

– No, para ti pidió una limonada. Los cocteles son para tu amiga.

– ¡Entonces puedes regresarle su bandeja y decirle que se vaya al carajo! grito antes de escabullirme entre la gente para llegar hasta la barra - y mi barman favorito.

Retiro lo dicho sobre esta falda...

¡No necesito a Tristan Quinn o una identificación falsa para poder tomar alcohol!

– ¡Ese grupo es estupendo! escucho al regresar, con un vaso en la mano.

– ¡Volverán a tocar el mes que entra! responde otro.

– ¡Ya van a comenzar otra vez! me dice Bonnie emocionada. ¿Y sabes qué?

¡No conseguí ningún hombre esta noche y no me importa! ¡Tuve una revelación y a quien quiero es a Drake! ¡Él es mi Clyde!

– ¿Ves a todas esas chicas alrededor del escenario? Ellas tomaron su turno antes que tú.

– ¡Claro que no, todas quieren a Tristan! ¡Mira, hasta tienen playeras con su nombre impreso! ¡Qué patético!

Después de un micro silencio, mi mejor amiga resopla:

– ¿Crees que debería hacer lo mismo con el nombre de Drake?

Maldigo a todas esas chicas histéricas cuando la música vuelve a comenzar y, algunos minutos más tarde, cuando Tristan se deja besar por una de ellas que logró subir al escenario a pesar el equipo de seguridad. Él no me lanza ni una sola mirada desde el comienzo de esta segunda parte y no sé cómo tomarlo. ¿También estará pensando en el beso? ¿Piensa en la próxima chica tonta que besará, probablemente la pelirroja de silicón? ¿O esas gemelas, un poco más lejos? ¿También cree que nuestra atracción nos va a mandar al infierno?

Su voz suave, ligeramente entrecortada, anuncia que la próxima canción será la última. *I'm Gonna Get You – Te atraparé*. De pronto, sus ojos me buscan entre la multitud, toca los primeros acordes, ronronea las primeras palabras, con el azul de sus pupilas mezclándose con el mío. Mi corazón se acelera, tengo calor, frío, mis piernas tiemblan, me cuesta trabajo mantener el control. Y luego una fan le grita que lo ama, que quiere que le haga un hijo y el encanto se rompe. Ya no me mira, su voz se vuelve más potente y desaparezco de sus pensamientos, mientras que él ocupa todos los míos.

Le aviso a Bonnie que debo alejarme, miro a mi alrededor, noto a un chico apuesto que me observa y avanzo hacia él. Me sonrío, parece normal, amable, caballeroso. Me acerco más, huele bien y está por presentarse. No importa mucho su nombre, su profesión, su edad y su deporte favorito. Lo tomo del cuello de su playera y lo beso. Como jamás he tenido la audacia de besar a alguien. Meto un poco de lengua - no demasiada, después de todo ni siquiera sé cómo se llama - y dejo que sus manos se paseen por mi espalda. La canción llega a su fin, percibo que la voz de Tristan se debilita hasta apagarse. Cuando dejo los labios de mi desconocido para voltear hacia el escenario, no veo más que los ojos asesinos de mi peor enemigo clavados en mí.

Yo también puedo besar a quien quiera, rockstar...

Apostaría lo que sea a que está celoso. La simple manera en que se despeina nerviosamente el cabello, se seca la frente, o como camina cuando deja el escenario

me indica que no apreció para nada mi espontaneidad. Desde lejos, logro ver que manda a todo el mundo al diablo. Me regocijo por dentro. Por fuera muero de calor. Pero lo que no había previsto, es que el otro - Jake, estudiante de medicina, 24 años, hockey sobre hielo - iba a seguirme como un perro durante toda la noche. Me es imposible hablar con Bonnie sin que él se pegue a mí, pedir una soda sin que me la ofrezca, observar a Tristan desde lejos sin que se atraviese en mi camino. ¿Cómo le decían? ¿Karma?

Cuando la mesera con ojos de gato aparece de nuevo es para darme un mensaje. Mientras que Bonnie distrae a mi nuevo marido, abro el papel y descubro la escritura de Tristan:

« *¿Necesitas ayuda?* »

Elevo la mirada y lo busco entre la multitud. Lo encuentro sentado en la barra, con una cerveza en la mano, hablando distraídamente con la pelirroja. Entonces me lanzo. Le hago señas agitando los brazos - malditas abejas - y él me nota de inmediato. Le hago comprender que sí, necesito ayuda y me sonrío, con ese aire arrogante que me da ganas tanto de abofetearlo como de besarlo.

¡Dijimos que estaba PROHIBIDO, Liv!

Bonnie se arregla el labial y me deja para ir a buscar a Drake. Jake aprovecha para pasar la mano alrededor de mis hombros. Incómoda, no me atrevo a morderme, pero cuando se inclina para besarme, entro en pánico. Ya superé mi locura, tengo tantas ganas de besarlo como de comerme ese pedazo de hamburguesa que se cayó al suelo.

– Liv, ¡es una urgencia! nos interrumpe Tristan en el mejor momento. ¡Tenemos un herido tras bastidores!

– ¡Soy estudiante de medicina! le informa Jake, listo para sacar su estetoscopio de su bolsillo trasero.

Me contengo de reír frente a la mirada indiferente que le lanza el líder de los Key Why.

– No es ese tipo de herida, explico sin pensar. Es... para él de hecho. Tristan tiene problemas psicológicos y, cuando comienza a delirar es hora de irnos.

Jake nos mira como si ambos estuviéramos igual de locos, luego Tristan me toma del puño y me lleva corriendo hacia los bastidores. Mi risa loca parte a la multitud a medida que la atravieso, hasta llegar a las escaleras oscuras que llevan al nivel inferior.

– ¿Qué fue esa estupidez de « problemas psicológicos »? ¡Deja de destruir mi reputación, Sawyer! gruñe llevándome hasta una puerta negra.

– No me necesitas para eso, replico quitándole mi brazo.

La tensión aumenta en ese pasillo inmenso y desierto, con las paredes rojas iluminadas por luces de neón de otra época. Con las manos libres, al fin puedo

pasarlas por mi cabello. A algunos pasos de mí, Tristan observa cada uno de mis movimientos y me sorprende que eso me gusta. Su mirada sobre mí. Su piel ya no toca la mía y, sin embargo, sigo sintiendo su influencia.

– ¿Piensas besar a más imbéciles frente a mí? dice de pronto en voz baja, recargándose contra la pared.

– ¿Y a ti qué te importa?

Sus ojos lanzan chispas, observan salvajemente mi top escotado, mi falda.

– ¡Deja de mirarme! No soy tu pelirroja con grandes...

– ¡Cállate, alguien va a escuchar! gruñe mirando a ambos lados del pasillo.

– Fuiste tú quien me trajo aquí, ¿no?

– ¡Sí, para salvarte de los brazos pegajosos de ese tipo! me recuerda con una voz intimidante.

– ¿Qué te hace pensar que...

Se escuchan ruidos de pasos acercándose a nosotros. Su palma se abate contra mi boca. Obligándome a callarme, Tristan me hace entrar en la pequeña habitación poco iluminada que sirve de camerino y me aplaca contra la puerta para cerrarla.

– ¿Crees que soy un idiota, Liv?

Empujo su mano para intentar hablar, pero no tengo tiempo de hacerlo. Su aliento cálido huele a alcohol dulce cuando susurra, muy cerca de mi boca:

– Atrévete a decir que te gustó más besar a ese tipo que a mí...

– ¿Y esa chica en el escenario? ¿Y Lana? ¿Y todas las otras que te veneran como si fueras un dios viviente? No eres más que un...

– ¿Un qué? me interroga mirando mis labios.

– Un...

– Vamos, no tengas miedo, Sawyer. Dime lo que realmente piensas de mí.

– ¡Ya lo sabes! ¡Te lo repito cada día! ¡No eres nada para mí! lo desafío.

– ¿Nada? susurra suavemente. Ésa no fue la impresión que tuve la otra noche... Ya sabes, cuando gemiste ante el contacto de mis labios.

– Gemí de asco.

– No, gemiste de ganas. De deseo. Tal vez hasta de placer, resopla con su voz grave y tono juguetón, antes de pasarse la lengua por los labios.

En ese momento, la puerta se mueve, a mis espaldas, me pego contra la pared y la voz de Drake llega hasta mí. Ahí donde se encuentra, en el marco de la puerta, no me ve e ignora completamente mi presencia.

– Nos vamos, terminaremos la noche en casa de Elijah. ¿Vienes? le propone a Tristan sin preguntarse qué hace ahí el cantante *solo*.

– No, estoy muerto, regresaré a casa.

– Sí, claro... ¿Esta vez es pelirroja o castaña?

Rubia.

– De hecho, no sé dónde está tu hermanastra, pero me iré con su amiga Bonnie. Si la llega a buscar, ¿le podrías dar el mensaje?

– Sí.

– ¿Viste la falda que traía? ¿Y sus ojos de loca? Se veía bien esta noche.

– Cállate, Drake, lo regaña Tristan cerrándole la puerta en la cara.

– ¡Pudiste haberme roto la nariz, imbécil! gruñe el rubio en el pasillo, antes de alejarse.

Ahora nos encontramos solos frente a frente. Tristan cierra la puerta con una llave, la desliza suavemente en mi mano y murmura:

– Puedes hacer con ella lo que quieras... Si quieres irte, es ahora o nunca.

Dejo caer la pequeña llave plateada al piso y percibo una ínfima sonrisa sobre sus labios cuando escucha el tintineo metálico y comprende mi respuesta. Entonces extiende el brazo para poner su palma contra la pared. Luego inclina la cabeza hacia el frente, como para pensar las cosas. Está tan cerca de mí que puedo hasta oler su shampoo.

– ¿Te das cuenta de cómo me pones, Sawyer? pregunta de repente, mirando el suelo.

– Igualmente, resoplo.

Cuando levanta la cabeza, un nuevo brillo le atraviesa los ojos y dejo caer mis barreras. Ya no pienso más en lo que está bien o mal, en lo que es moral o no, confío en él y en mis sentidos para guiarme. Con una mano temblorosa, toco un mechón que cae sobre su frente. Luego la yema de mis dedos se pasea por su rostro, hasta acariciar su boca. Es la señal que Tristan esperaba. Sus manos se aplacan contra la superficie fría, sus labios se ponen sobre los míos, gimo. Se mezclan la fuerza, la suavidad, el deseo, el calor, y sin que pueda luchar, su lengua se enreda alrededor de la mía en una danza que me parece infinita.

Y que sin embargo termina demasiado pronto...

Tristan retrocede y contengo la respiración. Me mira como si no me viera realmente, luego se pasa la mano por el cabello varias veces, repitiendo:

– Mierda, mierda, mierda, mierda...

– Así es, digo sin aliento y perturbada.

– Liv Sawyer, maldita sea... murmura desconcertado.

Me peino el cabello en una cola de caballo pero sin atarlo, señal de mi nerviosismo.

– Sabes que me gusta más suelto, retoma con una sonrisa retorcida.

– Sabes que no me importa lo que prefieras...

– Qué rebelde, se burla gentilmente.

Él se muerde el labio inferior sin dejar de verme y una llama se enciende en mí, en la parte baja.

– ¿Ahora qué hacemos? pregunto tontamente, jalándome la falda.

– Tengo una idea...

– ¿Cuál?

– Quiero seguir escuchándote gemir, dice con una sonrisa irresistible.

Su voz ronca atravesó el aire, dejándome sin aliento. Sin esperar una respuesta de mi parte, Tristan rodea mi rostro con las manos y me besa ferozmente, arrancándome un nuevo gemido. Su lengua cosquillea la mía. Sus manos descienden lentamente, me recorren, se acercan a mi cadera. Me aferro a su espalda y me dejo guiar hacia el viejo sillón de terciopelo. Durante estos cuantos metro, lo beso hasta quedarme sin oxígeno.

– Pero quiero escucharte gemir más fuerte, murmura dejándome sobre el terciopelo. Y para eso, tendré que enseñarte algunos trucos, linda rebelde...

Olvidar quién soy. Quién es él.

Porque no todo es blanco y negro.

Porque a veces, el mal se parece al bien sorprendentemente...

Su hoyuelo se marca cuando me mira desde arriba, él de pie, en posición de fuerza, yo recostada sobre el sillón, intentando enderezarme torpemente. Mi corazón sigue latiendo a mil por hora, nuestro beso me dejó la boca hinchada y roja, lo siento al pasar mi lengua por ella. Jalo mi falda que ya no cubre mucho de mis muslos y su sonrisa de niño travieso se alarga un poco más.

¿Cómo puede uno detestar tanto a alguien y a la vez desearlo a este punto?

– ¿Extrañas tus jeans? me provoca el músico con cuerpo de atleta, sin perderse nada del espectáculo, con los brazos cruzados sobre el torso.

– Nunca más me vestiré como prostituta...

Este último comentario se me escapó. Estoy demasiado ocupada desafiándolo con la mirada como para pensar en lo que sale de mi boca.

– Lástima. Es un crimen esconder esas piernas, murmura mientras mis ojos descienden hacia su manzana de Adán.

Ignoro por qué tengo tantas ganas de rozarla. Con la punta de mi lengua.

– ¿Ese tipo de frases rebuscadas y clichés funcionan con las otras chicas? respondo en modo automático.

– Todas las veces. Pero imagino que contigo no, dice con ironía. Porque tú eres tan...

Tristan no termina su frase, pero se acerca lo suficiente para que nuestras piernas se toquen. Las suyas están encerradas en su pantalón, las mías están desnudas. Y se estremecen.

– ¿Tan qué? repito evitando temblar.

– Levántate.

– Termina de decir lo que empezaste.

– Levántate, Liv, insiste extendiendo la mano hacia mí.

Su mirada llena de promesas le pone fin a mi tentativa de rebelión. Choco mi mano contra la suya, un poco tontamente, para demostrarle que no me impresiona. Él me ayuda a levantarme y, de repente, el fuego vuelve a encenderse en mí. Ya no hay ni un centímetro entre nosotros. Nos encontramos el uno pegado al otro, como intentáramos ser uno solo. Pero sus manos no intentan nada. Él no intenta nada. Sólo su torso musculoso invade un poco mi espacio cuando respira.

– ¿Qué estás haciendo? pregunto, perturbada.

– Espero.

– ¿Qué esperas?

– A que des el primer paso.

El sonido de su voz grave acaba de atravesarme... abajo. Siento su sex appeal tener efecto bajo mi falda.

– ¿El primer paso para qué? pregunto aclarándome la garganta.

– Para jugar un juego que te va a encantar...

– ¿Cómo puedes estar tan seguro de eso?

– Porque creo que entre menos nos soportamos, más nos deseamos. Y Liv Sawyer, creo que eres la persona más insoportable que haya conocido. Pero también la más intrigante.

– Entonces no esperes más, digo sintiendo una punzada en las piernas.

Tristan estaba tan impaciente como yo, a juzgar por la pasión con la que me besa. Sus manos se deslizan bajo mi top mientras que su lengua penetra en mi boca. Este beso es más salvaje, más animal que los anteriores. Y cuando sus dedos expertos desabrochan mi sostén, sus labios se pierden ya en mi cuello. Gimo.

– Dulce música para mis oídos, comenta acariciando mis senos a través de la tela.

Gimo más fuerte, con mi pezones endureciéndose ante el contacto de sus palmas y de la tela ligeramente rugosa de mi blusa. Sus manos descienden hasta mis piernas, luego suben por mis muslos. Sucumbiendo a sus caricias, hundo mi cabeza en su cuello para respirarlo, olerlo. Su perfume viril mezclado con su olor natural no hace más que aumentar mi deseo. Mi boca se pierde en su piel, hasta llegar a su manzana de Adán. Sobre la cual hago deslizar mi lengua con deleite.

Apreciando mi audacia, Tristan deja escapar un gruñido excitado y sus palmas suben más brutalmente a lo largo de mis muslos, para entrar bajo mi falda. Hasta llegar a la orilla de mis bragas. Él las roza, las jala suavemente, juega con el pequeño nudo a lo alto del pedazo de tela, luego con el elástico que lo mantiene en su lugar. Sin reconocermelo, rujo de impaciencia y muero de emoción por que continúe. Por que me toque ahí donde me quema.

Pero el seductor no hace nada, prefiriendo dejar mis bragas para atacar el botón de mi falda. Cuando me doy cuenta de que me quiere desvestir, entro un poco en pánico.

Ser incapaz de resistir a sus caricias es una cosa. Pero dejarlo verme desnuda...

– No, digo suavemente alejando su mano.

Nuestras miradas se cruzan, la de Tristan no solamente es ardiente, también es atenta. Muy atenta. Puedo ver que, a pesar de su actitud de chico malo, no buscará imponerme nada. Entonces guió su mano bajo mi falda, mientras clavo mi mirada en la suya. Bajo mis bragas. No sé qué me pasa. Jamás había estado tan mojada.

Cuando sus dedos tocan finalmente mi clítoris, no puedo contener un pequeño grito ahogado.

– Creo que jamás había apreciado tanto que me grites, Sawyer, susurra dominando poco a poco mi intimidad.

No busco una respuesta ingeniosa - soy incapaz de eso, pues estoy demasiado obnubilada por las ondas de deseo que crecen en mí. Intento enaltecerme, me aferro a sus hombros, siento mi excitación al máximo, separo una pierna para facilitarle la tarea, pero rápidamente pierdo el equilibrio bajo sus caricias. Tristan escoge este instante para dejarse caer sobre el sillón, luego me jala bruscamente hacia él.

Estoy a horcajadas sobre Tristan Quinn.

¿Sueño o pesadilla?

Subo mi falda para poder separar más las piernas y llego a sentarme sobre el bulto que deforma su pantalón de mezclilla. Al fin la noto.

Ésta... me hipnotiza...

Y sus dedos que se deslizan nuevamente bajo mis bragas, y mi boca que gime, mientras que sus labios intentan llegar a mis pezones a través de mi top. Un repentino deseo me ataca, demasiado poderos como para resistirme: me quito la blusa con un gesto salvaje, dejando al *rockstar* mudo. Mi sostén también desaparece.

Sí, estoy llena de paradojas...

Y sí, tengo ganas de que me muerdas los pezones.

Mientras que sus ojos brillantes pasan de uno al otro, sus grandes manos sopesan mis pequeños senos, los rozan, los acarician, los masajean. Luego, es el turno de sus labios de conocerlos. Mientras que me succiona, me lame, me mordisqueea, comienzo un ligero movimiento de vaivén contra él. Agito mi pelvis, me arqueo, experimento un millón de sensaciones en mi feminidad. Tristan deja de devorarme por un instante, gruñe y vuelve a comenzar. Su erección se frota contra mi intimidad, acelero el ritmo mientras que sus caricias orales me hacen perder la cabeza.

– No creí que fueras tan... vacila Tristan, emprendedora.

Yo tampoco. Jamás pensé llegar tan lejos con él. De hecho, jamás pensé llegar a ninguna parte con él esta noche. Probablemente, mañana me arrepentiré.

Estoy bastante segura. Pero esta noche, las consecuencias no me importan. La moral me importa mucho menos. Este fuego que arde dentro de mí me hace sentir más viva, más libre y más mujer que nunca.

Hundo mis manos en su cabello rebelde, lo jalo ligeramente y aprovecho para besarlo salvajemente. Ya no soy la Liv cobarde y timorata que se imaginaba. Ya no soy la Liv infantil que odiaba. Esta noche, algo está cambiando en mí. Y mientras que nuestros alientos se mezclan, me froto cada vez más intensamente contra él.

– Liv, menos rápido, mierda, me estás volviendo loco, gruñe Tristan agarrando mis muslos para obligarme a desacelerar.

– Se siente demasiado bien, resoplo antes que sus labios se abatan sobre los míos.

Quisiera un poco más. Quisiera verlo. Que se desvista y que me presente lo que se esconde bajo su pantalón y que me consume. Lo que se esconde bajo el elástico de esos bóxers de marca y que se nota sólo lo suficiente para provocarme. Pero mientras comienzo a desabrochar su cinturón, Tristan me detiene en seco.

– No. Iríamos demasiado lejos. Ya no podré detenerme...

– ¿Quién te pidió que lo hicieras?

– Yo mismo, dice antes de tirarme sobre el sillón.

En un respiro, él se encuentra encima de mí, impidiéndome hacer el menor movimiento. Sus ojos traviosos contemplan mi sorpresa, mientras que me agito y gruño para intentar recuperar mi libertad. Es caso perdido, él es demasiado imponente y demasiado testarudo como para que pueda moverme.

– Lo que me gusta de ti es que no tienes miedo de atacar a alguien más fuerte que tú...

– Puedo desafiar a tu brazo de hierro cuando quieras.

– No, no lo creo, me dice burlón.

Y su mano entra de nuevo ahí donde es esperada. Tristan aparta la tela que protegía mi pudor y me toca observándome languidecer. Una ola de calor crece hasta mis mejillas, emito algunos sonidos más o menos agudos, me balanceo bajo sus caricias y esto parece gustarle.

– Finalmente, las chicas tímidas son mucho más interesantes de lo que creía, me susurra al oído antes de mordisquear mi lóbulo.

Logro deslizar mi mano hasta su bulto y rozarlo a través de la tela. El cuerpo del músico se tensa, encima de mí. Gimo cuando pellizca mi clítoris un poco más fuerte de lo necesario y bajo lentamente su cierre. Mi mano se desliza bajo el pantalón y entra finalmente en contacto con su virilidad. Sólo sus bóxers impiden el encuentro piel con piel.

– Acaríciame... Sí, así, murmura Tristan guiando mi mano de arriba a abajo.

En esta recámara rojo y negro, los minutos pasan sin que lo pueda percibir,

mientras que estamos acostados sobre este sillón de terciopelo. Compartimos nuestras caricias en nuestra burbuja, sin preocuparnos del resto del mundo, besándonos cada vez como si fuera la primera. Él se divierte provocándome, mordisqueándome el labio, pellizcándome el pezón, y yo se la regreso apretando un poco más su sexo con mi mano. Y creo que acaba justamente de confesármelo: eso le encanta.

« *Acaríciame...* »

Su voz profunda, cálida, sigue resonando en mi mente cuando el placer me inunda. Hundo mi rostro en su cuello y contengo un grito, mientras que él pone su mano sobre la mía para que deje de acariciarlo. Para que me abandone totalmente a ese orgasmo que enciende cada una de mis terminaciones nerviosas.

Y después Tristan se deja caer al suelo, a los pies del sillón, y mira el techo recuperando el aliento. Lo imito, saboreando todavía las olas de placer que recorren mi cuerpo.

Y regreso a la cruel realidad. Me doy cuenta de en dónde estoy, de lo que acabo de hacer... y con quién. Tomo consciencia de que es imposible echar marcha atrás. Que acabo de hacer lo irreparable. O lo que más se acerca a ello.

– ¡Mierda! me murmuro a mí misma mordiéndome las mejillas para no llorar. ¡Mierda, mierda, mierda!

Mi top blanco aterriza de pronto sobre mi pecho, sin que haga el menor movimiento. Comprendo que Tristan acaba de ponerlo delicadamente sobre mí, como para proteger mi pudor. Él también acaba de darse cuenta de lo que hicimos. Sus ojos apenas si se cruzan con los míos. Sobre su rostro no hay rastro de enemistad ni de arrogancia, pero sí el mismo tormento que en el mío.

¿En verdad acabamos de hacer eso?

5. Cena en familia

¿Qué hice?

No, ¿qué hicimos los dos?

De todas formas, nadie lo sabrá nunca. Tristan estará demasiado avergonzado como para presumirlo. Y fue muy claro conmigo. Bueno, me lo hizo comprender. Fue un error. El peor error de nuestra vida. No volverá a pasar. Y haremos como si nada hubiera pasado.

Pero pasó...

¿Pero por qué lo hice?

Él me lo hizo. Tristan Quinn. Su estúpida voz grave y su personaje de cantante talentoso, sudoroso, apasionado. Por más que me resistí, él logró hacerme caer. Su estúpida mirada azul en la cual me ahogué. Como si sólo a mí me mirara así. Su estúpida boca húmeda, que lame y muerde y muerde como si pudiera ser sexy. Y lo peor, es que sí lo es. Sus estúpidos brazos musculosos, sus manos suaves y seguras de sí mismas, que acarician y aprietan como si fuera imposible escapar de ellas. Y sin embargo, no intentó atraparme. A cada segundo, se mostró dulce, respetuoso, a pesar de su ardor. Tuve la impresión de que él también estaba cediendo. Que él tampoco podía resistirse. Y tal vez eso fue lo que más me hizo perder la cabeza. ¿Pero cómo pudimos llegar hasta ese punto?

Nadie debe saberlo nunca.

Es mi hermanastro, yo soy su hermanastra. Nuestros padres están casados. *Es asqueroso*, dijeron los demás en la playa riendo. Eso es lo que todo el mundo va a pensar. Y si llegara a saberse, ya sé que seré yo quien reciba toda la vergüenza. Tristan es sólo un chico, un donjuán, está en su naturaleza seducir y dejarse llevar por sus impulsos. A él sí le perdonarán este desliz, este instinto básico. « Él es así », dirá todo el mundo. Algunos hasta estarán impresionados de que haya logrado llevarme por el mal camino. Y además es un rebelde, tiene el derecho de cometer estupideces, inclusive es exactamente lo que se espera de él. Pero yo, la hija de papá, la chica seria y sin historia, la inocente poca cosa de la cual sólo se espera que continúe por el buen camino, que sea razonable y haga todo bien: sería una catástrofe. Mi padre caería desde lo alto. Mi madrastra me llamaría de todas las formas posibles. Y todo el mundo me reprocharía haber caído en la tentación cuando sólo bastaba con decir que no. No es como que yo tenga mis propios impulsos. No es como que a mí me interese « eso ». No, yo no siento nada, claro que no. No soy nada más que una chica hombruna de 18 años que odia a las

personas.

Eso es lo que diré. Ya que así es como me ven, lo utilizaré a mi favor. Si se llega a saber, lo negaré. Nada pasó entre nosotros. No hicimos más que pelearnos, lanzarnos cosas y mandarnos al diablo, como siempre, como cada vez que nos encontramos en la misma habitación.

Si tan sólo nos hubiéramos conformado con hacer eso...

Eso es lo que mejor sabemos hacer...

Lo que hasta ahora hacíamos mejor...

No, basta con que me repita a mí misma que no sucedió nada. Sólo fue un sueño erótico. Una extraña pesadilla en la que traía puesta una falda de cuero que jamás utilizaría y una máscara que ni siquiera es mía. Una noche improbable en la que besé a un desconocido para darle celos a un chico que ni siquiera soporto. Eso no tendría ningún sentido. Es obvio que jamás sucedió. Basta con que salga de esta habitación y que olvide que él duerme en la de al lado. Justo al otro lado de la pared, una pared tan delgada que casi puedo escucharlo respirar.

Hemos logrado evitarnos por cuatro días enteros. El mes de julio ha terminado. Ya estamos a la mitad de las vacaciones de verano. Hace un mes que Tristan regresó de su internado. Sólo nos queda un mes de soportar estar juntos bajo el mismo techo. Y si seguimos así, tal vez logremos olvidar.

Bueno, más de un mes... si alguna universidad me acepta.

Bonnie y Fergus ya recibieron su carta de aceptación. ¿Qué debo pensar de eso?

– ¿Ambos están haciendo un concurso para ver quién es más flojo? pregunta Sienna con ironía una mañana, interceptándome cuando salgo de mi habitación. ¡Tristan, levántate! le grita a la puerta de al lado. ¡Ya ganaste, Liv se levantó!

– Hoy es domingo. ¿Puedo ir a tomar mi café? le pregunto intentando huir antes de que él salga.

– No, tengo que hablar con ustedes dos, insiste ella poniendo un puño sobre su cadera como si eso le diera aplomo.

Tristan sale suspirando, con el rostro deshecho y el cabello despeinado, vestido con un calzón negro y una playera gris que acaba de ponerse y que no le cubre todo el torso. No es la primera vez que lo veo vestido así por la mañana. Pero sí es la primera vez que debo evitar mirarlo. Y que percibo el elástico blanco de su ropa interior, apretando su vientre bajo. Evito la imagen que intenta invadir mis pupilas. Intento concentrarme en la lección de moral de mi madrastra, sin duda nada interesante y que he oído diez veces, pero que tiene el mérito de hacerme cambiar de ideas.

– ¡A los 18 años, uno exuda energía! ¡Tiene ganas de comerse el mundo a

manos llenas, de no perder ni un minuto de su tiempo! Entonces explíquenme por qué se pasan todo el día encerrados en sus habitaciones.

– No es cierto, ensayo con los chicos todo el día, responde Tristan en voz baja.

– Y yo trabajo en la agencia toda la semana, agrego mirando a otra parte.

– Sí, y se escabullen en cuanto regresan. ¡Eso no es lo que podría llamarse una vida en familia!

– Mamá..., comienza a impacientarse mi vecino de rellano apretando la mordida. Craig se va al trabajo a las 7 de la mañana. Y tú estás en tu hotel hasta las 10 de la noche. Cuando estás en la casa, te encierras en tu oficina con un letrero de « No molestar ». Harry conoce mejor a sus niñeras que a ti. Mi padre está muerto, la madre de Liv no existe y tú ves a tu marido una hora al día. ¿En verdad quieres darnos una lección sobre la familia?

– ¡No me hables así, Tristan! se exaspera Sienna extendiendo el índice con rabia frente a él. Digo esto por ustedes. ¡Pero si quieres seguir arruinando tu vida, continúa así, lo estás logrando muy bien! ¡Y si no te gusta nuestra familia, ahí está la puerta! grita señalando la planta baja con el dedo. ¡Eso también aplica para ti! concluye antes de bajar las escaleras con su andar teatral tipo commedia dell'arte.

Tristan emite un sonido entre risa ahogada y suspiro de hastío. Yo también sonrío, por esa crisis tan repentina como innecesaria, como suele suceder con mi madrastra. Nuestras miradas y nuestras sonrisas se cruzan, pero se apagan de inmediato. Él tiene una mueca de incomodidad. Yo una de vergüenza. Yo miro mis pies. Él se baja la playera. Yo intento irme hacia la escalera. Él comienza a andar al mismo tiempo. Yo me muevo hacia la izquierda y él tiene la misma idea. Me muevo a la derecha para evitarlo y me bloquea el paso sin hacerlo a propósito. Y nuestros dos cerebros se confunden, incapaces de encontrar el movimiento necesario para cruzarnos sin rozarnos.

Vete al diablo.

Ya nada volverá a ser como antes. Será mucho peor.

Un café y una parada en el baño más tarde, dejo la casa corriendo y subo a mi auto nuevo. Al fin sola. Dudo si llamar a Bonnie, pues no estoy segura de tener humor de escuchar sus vocalizaciones y sus bromas pesadas. Podría intentarlo con Fergus, pero me va a fastidiar con ese concierto genial que se perdió, me va a pedir que se lo vuelva a contar por quinta vez y eso no me ayudará a pensar en otra cosa. Podría ir con mi padre pero, cuando está en la agencia los domingos es para arreglar una urgencia. Y ya es hora de que aprenda a arreglar mis problemas sin él. Me decido por mi abuela; siempre está en casa los fines de semana, jamás está de

mal humor y está muy lejos de mis preocupaciones, es la persona perfecta.

Su pequeña casa es como su personalidad: original, colorida, desordenada y llena de vida. Sobre su gran jardín - que no ha tenido césped durante mucho tiempo - cohabitan todos los animales abandonados que ha podido adoptar durante los últimos diez años: tres perros, una cabra, tortugas, una multitud de gallinas y gatos errantes y hasta un puerco pigmeo que dice haber salvado de la muerte. Betty-Sue es vegetariana, obviamente, pero no sólo eso. Es una verdadera hippie, que rechaza la sociedad de consumo, come orgánico, cultiva su propio huerto, fabrica su propia ropa y recicla todo lo que se encuentra y que pueda serle útil. No le importa para nada el dinero de mi padre y lo rechaza cada vez que él intenta hacer algo para mejorar su vida. Betty-Sue no necesita gran cosa para ser feliz. Solamente que la dejen en paz. Su hijo y su nieta le bastan, aunque seguido presume tener amantes de paso, pero le repite a quien la quiera escuchar que prefiere mil veces los animales a los hombres.

De hecho acaba de entablar una amistad con un pelícano que nada en el pantano de atrás de su casa. Su último pasatiempo es construirle un nido artificial por si éste tiene ganas de tener hijos, sin siquiera saber si es macho o hembra. Betty-Sue cree en la vida, es dura como el fierro, adora los milagros y puede pasar horas contando flores u hormigas. Todo le parece interesante, la alegra, y se necesita mucho para hacerla perder su sonrisa.

Me estaciono frente a su casa y ya me está haciendo grandes señas para que llegue con ella a la entrada. Mi abuela lleva puesto un vestido largo de flores y está descalza pintando de verde manzana una especie de refugio improvisado, sin duda una casa para uno de sus últimos protegidos. Desde aquí escucho los colgantes de sus brazaletes produciendo música mientras que se activa. Según mi padre, Betty-Sue lleva la misma ropa desde hace cuarenta años. Sabiendo que tiene 77 - 20 en su mente -, lleva más de la mitad de su vida sin ir de compras y, sólo por esta simple hazaña, es mi ídolo. Debe llevar el mismo tiempo sin cortarse el cabello y tiene una larga melena gris ondulada, que a veces intenta teñir con henna, sin mucho éxito. Tiene los mismos ojos azules y la piel clara de todos los Sawyer - y sólo conozco a tres ya que mi padre es hijo único y mi abuela no tiene ni idea de quién es su padre.

– ¿Qué vienes a hacer aquí, querida? ¿Tu madrastra sigue haciendo de las suyas?

– Nada grave, sólo un pequeño regaño salido de la nada, le respondo alzando los hombros, hastiada.

– Déjame decirte un secreto, susurra Betty-Sue dejando de pintar. Tu padre es un buen hombre que ha tenido éxito en todo durante su vida... excepto en sus matrimonios, afirma con malicia. Tiene un gusto raro para las mujeres. De por sí, la francesa no me parecía tan buena opción... ¡Pero la italiana es insoportable!

– Sólo duró dos años con mi madre. ¡Pero ya lleva tres con Sienna! suspiro.
– No te preocupes por eso, no va a durar.
– ¿Les lanzaste un hechizo con tus muñecos de vudú? pregunto riendo.
– No, mi adivina lo predijo, me confiesa con un guiño.
– ¡Ah, en ese caso, es más que seguro! me burlo gentilmente.
– ¿Y tú, pequeña? ¿Cuál de esos pobres idiotas que te rodean está loco por ti? ¿A qué muchacho has logrado convencer de tomar malas decisiones?

Normalmente, adoro los discursos feministas de mi abuela, quien está convencida de que las mujeres dirigen el mundo y manejan a los hombres a su antojo. Pero que hacen parecer que se dejan dominar para conservar el secreto de su supremacía. Todo un caso... Sólo que hoy, el chico que hace lo que quiere tiene un nombre. Que ni es idiota ni está loco por mí. Y que su mala decisión resulta ser su hermanastra.

– Sé guardar un secreto, insiste Betty-Sue al verme pensar. ¿Y a quién se lo podría contar? ¿A Blanqueta, a Costillita o a Filet-Mignon?

– ¡Y pensar que yo no tengo el derecho de llamarte « abuela » mientras que tú le diste esos nombres a tus animales!

– ¡No como carne, pero tengo derecho de utilizar esos apodos para recordar su sabor! bromea observando su colección de animales a lo lejos.

– ...

– Sé que adoras a tu padre, querida Liv. Y que tu madre no ha estado realmente dispuesta a escucharte estos últimos dieciocho años... Pero si necesitas hablar con una mujer, aquí estoy, ¡no hay forma de no verme! me recuerda abriendo los brazos para mostrarme su vestido de colores.

Dudo un segundo más y luego me lanzo a sus brazos, con el corazón latiendo con demasiada fuerza y la boca negándose a pronunciar ni una sola palabra. No puedo. Todavía no. sin duda nunca podré. Ese paréntesis tórrido y prohibido entre Tristan y yo debe permanecer siendo un secreto. Mientras tanto, disfruto del calor de Betty-Sue, de su energía positiva y de sus lentas caricias en mi espalda.

– Sin importar lo que hayas hecho o tengas ganas de hacer, pequeña, nada es grave, murmura con su voz suave y cálida. Sea lo que sea, nada es tan grave como crees.

No estoy tan segura de eso...

Después de haber jugado con los perros de mi abuela, corrido tras un puerco llamado Filet-Mignon, después de haber bebido un té helado casero y pintado un nicho de madera, regreso a mi casa con el corazón un poco más alegre

y el cuerpo lleno de rastros de pintura verde. Pero mis sentimientos siguen igual. ¿Sigo odiándolo? ¿Más que antes? ¿Le reprocho algo? ¿Esto fue su culpa? ¿La mía? ¿De nadie? ¿Debería ignorarlo? ¿Enfrentarlo? ¿Bastaría con que haga como si nada para olvidar todo? Tal vez valga la pena intentarlo.

Harrison y Tristan están en la entrada en el momento en que me detengo en la banqueta. Escucho sus voces a través de mi ventanilla abierta - la del pequeño es aguda y jovial mientras que la del otro suena grave y torturada. No parece estar realmente en su estado normal. Me estaciono lo más lejos posible del portón para esconderle mi auto y no darle una razón para ensañarse conmigo. Inhalo profundamente antes de entrar, e intento tomar una actitud normal e indiferente al momento de decir:

– Entonces, ¿quién hace pipí más lejos?

– ¿Y eso qué te importa, Sawyer? me responde secamente el mayor.

– ¿Por qué tienes verde por todos lados? me pregunta el pequeño curioso.

– Harry, ¡vete a jugar allá! le ordena Tristan.

– Puedes hablarme a mí como quieras, pero él sólo tiene 3 años y no te ha hecho nada, intento defenderlo.

– ¿Porque crees que tú me hiciste algo? dice con una ligera sonrisa socarrona. No fue nada, Sawyer. Y no vayas a imaginar que eso cambiará algo entre nosotros.

– Eres tú quien lo está mencionando, Quinn, respondo para no dejarme. Había olvidado todo eso por completo, miento sosteniendo su mirada.

– Qué bueno, asiente desviando su mirada azul.

La deja pasear por mi piel, por los lugares manchados de pintura, por mi mentón, mis hombros, el cuello escotado de mi blusa. Juego nerviosamente con mi tirante como para asegurarme que está ahí, que sus ojos penetrantes y disipados no siguen teniendo el poder de desvestirme.

Al parecer, él está igual de confundido que yo y no sabe si me odia o me desea...

– ¡Entren a lavarse la cara los tres! grita Sienna después de haber abierto una ventana de la sala.

Veo a Tristan sobresaltarse al mismo tiempo que yo y retroceder automáticamente. Él se frota enérgicamente el cabello, como para poner en orden sus ideas, y mete las manos en los bolsillos de sus shorts de mezclilla, regresando a su actitud indolente, perfectamente indiferente.

– Creo que tu madre piensa que todos tenemos 3 años, murmuro en dirección a Tristan que no puede evitar sonreír.

Él acaba de ponerse a mi lado, frente a la ventana donde Sienna espera desesperadamente a que la obedezcamos.

– ¿Es hora de ir a dormir o primero nos leerás un cuento? le pregunta a su madre con un tono insolente. ¡Creo que Liv necesita que la hagas tomar un baño

antes!

– Eres tú quien sueña con eso, Quinn, lo provooco en voz baja.

A mi derecha, veo su hoyuelo marcarse. Mi broma tuvo efecto. Él cruza sus musculosos brazos sobre el torso y hace un esfuerzo por no mirarme.

– Deberías cerrar bien la puerta en el baño, Sawyer. Podrías tener problemas con tu toalla, responde entre dientes.

– Basta, tengo miedo, respondo con ironía sonriendo.

– Bueno, ¿van a venir o se van a quedar ahí riendo? He decidido que cenaremos todos juntos esta noche. ¡Como una familia! grita Sienna antes de cerrar la ventana.

– Mierda, suspira.

– No puede ser, confirmo.

Quince minutos más tarde, los cinco estamos sentados alrededor de la mesa cuadrada del comedor - que casi nunca utilizamos. Aun así cada quien tiene su lugar designado: mi padre y yo de un lado, Tristan y su madre del otro, con Harry en la orilla porque insistió en quedarse al lado de su hermano.

– ¿Sabías que en las familias normales los padres cocinan? No el servicio, dice Tristan con su eterno deseo de molestar a los demás.

– Cállate y come, responde Sienna con una sonrisa forzada, dispuesta a todo para que esta cena sea un éxito.

– ¿Puedo cortar la carne de tu hijo o esperamos a que una niñera intervenga? vuelve a comenzar el ataque.

– Craig y yo trabajamos arduamente para darles todo esto, se defiende mi madrastra. Y es normal que recurramos a personas que se dedican a esto para que nos apoyen.

– Papá tenía mucho más dinero de lo que ustedes jamás producirán, continúa provocándola Tristan. Y eso no le impedía vivir con simpleza.

– Tu padre ya no está, susurra Sienna teniendo dificultad para pasarse su último bocado.

– ¿Y tú, Craig? ¿Estás de acuerdo con este modo de vida de burgueses? pregunta en busca de un nuevo adversario.

Ambos hombres comienzan un debate estéril sobre lo esencial y lo superfluo, lo cual divierte mucho a mi padre, quien jamás se queda corto de argumentos, y estimula el espíritu de contradicción de Tristan. Durante ese tiempo, Harrison come con los dedos y se pone a chillar cada vez que su madre le pide que utilice el tenedor. Los observo, uno por uno, y me doy cuenta hasta qué grado somos diferentes. Hasta qué grado ninguno de nosotros parece estar realmente en su sitio.

Mi padre pudo haber rehecho su vida con una mujer dulce, abierta y tranquila, como él. Sienna pudo haberse encontrado a un marido que no fumara,

sumiso, pero a la altura de sus ambiciones en la vida. Harry pudo haber tenido a sus dos padres, tiernos y pacientes, que le hubieran enseñado a comer con cubiertos y a hacer pipí en donde se debe. Tristan pudo nunca haberse cruzado en mi camino. O pude haberlo encontrado por azar, en un concierto o un bar. Y no hubiera sido mi hermanastro.

El teléfono de la casa suena y me saca de mis pensamientos. Pero alrededor de la mesa, nadie tiene la idea de interrumpir lo que está haciendo para ir a contestar. Apenas si lo escucharon. Todo el mundo tiene un celular y el timbre del teléfono fijo no parece interesarle a ninguno. Termino por hacerlo yo, arrastrando mis pies, convencida de que esa llamada no será para mí.

– ¿Diga? pronuncio intentando imitar la voz exagerada de Sienna, sólo para divertirme.

– Sé lo que sus hijos hicieron, comienza a decir una voz metálica, aparentemente deformada.

– ¿Perdón?

– Sé lo que hicieron.

– Creo que se equivocó de número, señor, respondo cortando lo que creo que es una broma de niños.

– No, insiste el robot. Liv Sawyer y Tristan Quinn. Sé lo que hicieron. Y eso se llama *incesto*.

La conversación se termina y mi corazón se detiene. La tierra dejó de girar, pero las risas y los gritos siguen llegando hasta mí desde el comedor.

¿Pero quién podría ser?

Y sea quien sea, ¿cómo supo eso?

¿Y si mi padre o mi madrastra hubiera contestado?

– ¡Liv, regresa aquí, tienes que explicarle a este idiota las ventajas de ser una hija de papá! bromea mi padre desde lejos.

– Tristan, ¡no la insultes, es tu hermana! lo regaña Sienna.

« *Tu hermana...* »

« *Nada es tan grave como crees...* »

« *Eso se llama incesto...* »

Nada. Excepto eso.

Continuará...

¡No se pierda el siguiente volumen!

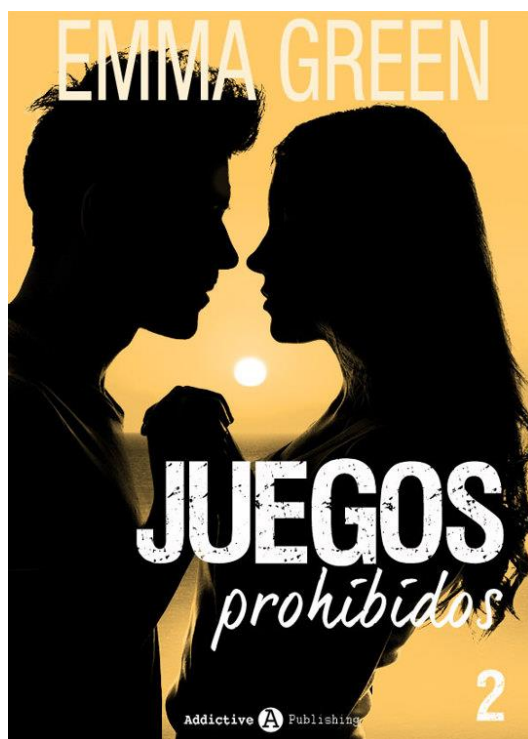
En la biblioteca:

Juegos Prohibidos - volumen 2

A los 15 años conocí a mi peor enemigo. Sólo que Tristan era también el hijo de la nueva esposa de mi padre. Y eso nos obligaba a vivir en la misma familia, aunque no tuviésemos ningún vínculo de sangre. Entre nosotros, la guerra estaba declarada. Y no aguantamos ni dos meses bajo el mismo techo.

A los 18 años, el rey de los idiotas regresa del internado a donde fue enviado. Tiene su diploma en el bolsillo, los ojos más penetrantes que puedan existir y una sonrisa insoportable que tengo ganas de borrar de su cara angelical. O de besar sólo para hacerlo callar.

Entre Liv y Tristan, ganará quien logre resistir por más tiempo. Sin rendirse. Sin cometer un asesinato. O peor aún, sin enamorarse perdidamente del otro...

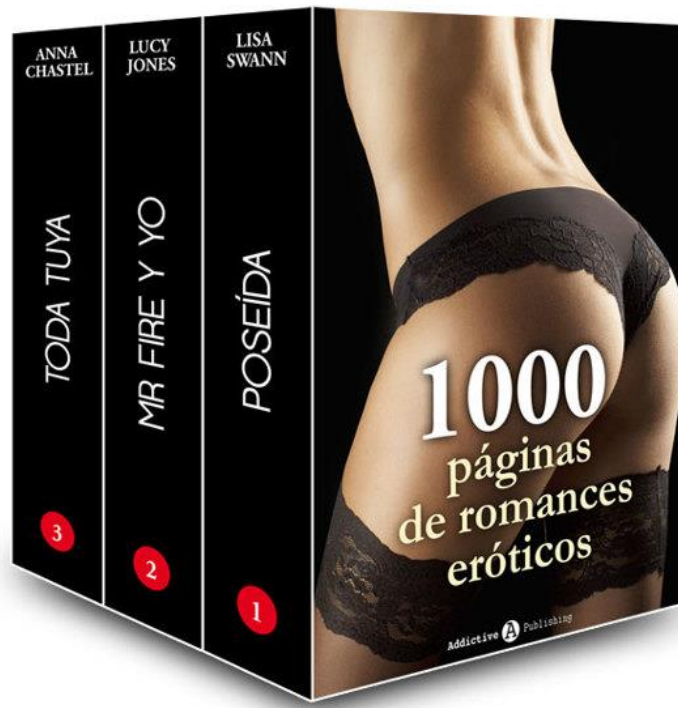


En la biblioteca:

1000 páginas de romances eróticos

Horas de romances apasionados y eróticos Encuentre en su totalidad cerca de 1000 páginas de felicidad en las mejores series de Addictive Publishing: - Mr Fire y yo de Lucy K. Jones - Poseída de Lisa Swann - Toda tuya de Anna Chastel

[Pulsa para conseguir una muestra gratis](#)

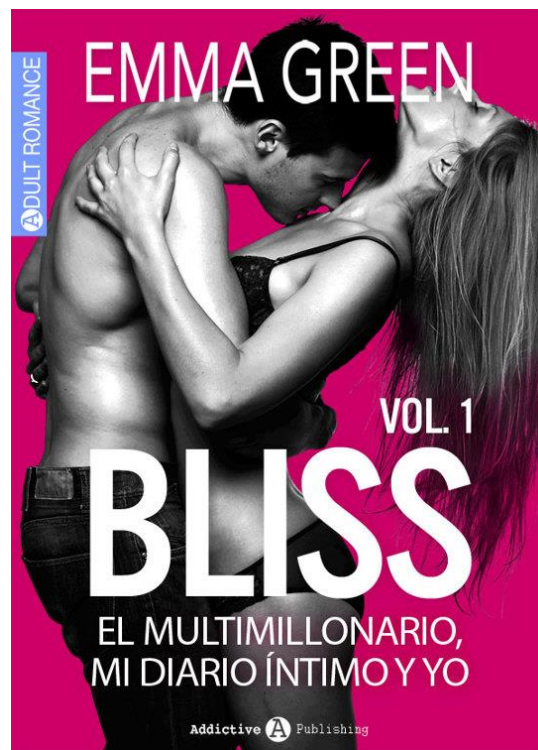


En la biblioteca:

Bliss - El multimillonario, mi diario íntimo y yo

Emma es una autora de éxito, ella crea, describe y le da vida a multimillonarios. Son bellos, jóvenes y encarnan todas las cualidades con las que una mujer puede soñar. Cuando un hermoso día se cruza con uno de verdad, debe enfrentar la realidad: ¡bello es condenarse pero con un ego sobredimensionado! Y arrogante con esto... Pero contrariamente a los príncipes azules de sus novelas, éste es muy real.

[Pulsa para conseguir una muestra gratis](#)



En la biblioteca:

El bebé, mi multimillonario y yo - Volumen 1

El día en el que se dirige a la entrevista de trabajo que podría cambiar su vida, Kate Marlowe está a punto de que el desconocido más irresistible robe su taxi. Con el bebé de su difunta hermana a cargo, sus deudas acumuladas y los retrasos en el pago de la renta, no puede permitir que le quiten este auto. ¡Ese trabajo es la oportunidad de su vida! Sin pensarlo, decide tomar como rehén al guapo extraño... aunque haya cierta química entre ellos.

Entre ellos, la atracción es inmediata, ardiente.
Aunque todavía no sepan que este encuentro cambiará sus vidas. Para siempre.

Todo es un contraste para la joven principiante, impulsiva y espontánea, frente al enigmático y tenebroso millonario dirigente de la agencia.

Todo... o casi todo. Pues Kate y Will están unidos por un secreto que pronto descubrirán... aunque no quieran.

[Pulsa para conseguir una muestra gratis](#)



En la biblioteca:

Pretty Escort - Volumen 1

172 000 dólares. Es el precio de mi futuro. También el de mi libertad.

Intenté con los bancos, los trabajos ocasionales en los que las frituras te acompañan hasta la cama... Pero fue imposible reunir esa cantidad de dinero y tener tiempo de estudiar. Estaba al borde del abismo cuando Sonia me ofreció esa misteriosa tarjeta, con un rombo púrpura y un número de teléfono con letras doradas. Ella me dijo: « Conoce a Madame, le vas a caer bien, ella te ayudará... Y tu préstamo estudiantil, al igual que tu diminuto apartamento no serán más que un mal recuerdo. »

Sonia tenía razón, me sucedió lo mejor, pero también lo peor...

[Pulsa para conseguir una muestra gratis](#)

